



REVISTA

S · P · Q · R



01
Edición

SENĀTUS POPULUSQUE RŌMĀNUS

Revista iberoamericana de ideas, política y cultura

DESNUDANDO LA
“PERSPECTIVA DE GÉNERO”
COMO IDEOLOGÍA

Por: Agustín Laje

CUANDO LAS CLASES
MEDIAS ENCUMBRARON A
HUGO CHÁVEZ



Por: Oscar Vallés



LA GUERRA FRÍA DEL NEOMARXISMO EN AMÉRICA LATINA

Las encrucijadas políticas y sociales de una región:
entre el colectivismo y la libertad

110

 /elmontonero.pe
 @elmontonero.pe
 /elmontonero.pe

Director: Víctor Andrés Ponce
Director de arte: Luis Tito Piqué Romero
Corrector: Javier Ágreda
SopORTE técnico informático:
Alexander Uchasara,
Guillermo Martínez

Contacto:
contacto@elmontonero.pe

SopORTE:
soporte@elmontonero.pe

04

La guerra fría del neomarxismo en América Latina

Presentación. Varios fantasmas recorren América Latina, pero los que más destacan son el populismo y el caudillo plebiscitario, que suele liderar el estatismo cabalgando sobre las instituciones republicanas hasta centralizar el poder.

08

El declive del neomarxismo

Miguel Platón. En 2019 se han cumplido 120 años de la intervención de Edvard Bernstein en el Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), en el que puso en cuestión la validez de la doctrina marxista. Bernstein no era un militante socialista cualquiera...

12

El deslave institucional de la democracia

Oscar Vallés. Mi profesor de Historia de las Ideas Políticas, José Brito González, me despertó esa madrugada con un semblante angustiado. "Le dieron un golpe a tu presidente", me dijo cuando apenas trataba de entender la razón de su alarma. Teníamos varios días de pesca en el golfo de Santa Fe...

16

¿Marxismo? ¿O más bien marxismo-leninismo?

Hugo Neira. Comencemos por aquello que se entiende por «países socialistas». En realidad, estados comunistas. Desaparecen en 1990. Me refiero a algo real, además de la potente URSS, otros países, a saber: Albania, Bulgaria, Hungría, Polonia, la República Democrática Alemana (o RDA),...

20

Palabras bonitas que destrozan sociedades

Román Cendoya. La culminación de la derrota del marxismo se escenificó el 9 de noviembre de 1989, cuando millones de ciudadanos, con sus manos, derribaron el ignominioso muro que dividía Europa entre la libertad y la opresión marxista, entre el desarrollo y el subdesarrollo.

24

El género como ideología

Agustín Laje. "La ideología nunca dice yo soy ideológica". La frase no es mía, sino del marxista francés Louis Althusser. Pero la traigo a colación aquí porque creo que evoca muy bien no solo la función encubridora propia de las ideologías (cuyo autorreconocimiento como ideología dejaría de encubrir)...

La guerra fría del neomarxismo en América Latina

Presentación

Varios fantasmas recorren América Latina, pero los que más destacan son el populismo y el caudillo plebiscitario, que suele liderar el estatismo cabalgando sobre las instituciones republicanas hasta centralizar el poder. En Cuba, Nicaragua, Venezuela y Bolivia –hasta antes del derrocamiento de Evo Morales– este proceso está en curso. En estos países se desarrolla un proceso de centralización política, institucional y económica que expresa un proyecto antirrepublicano y anticapitalista evidente. Es el viejo colectivismo, sin adornos y sin sofisticaciones. Sin embargo, la tragedia de Venezuela, en donde el PBI ha caído en cerca de 50% y la pobreza supera el 60% de la población, le ha restado credibilidad y autoridad a esta propuesta de estatismo carnívoro, por llamarlo de alguna manera.

Más allá del casi cinematográfico derrocamiento de Morales, con concentraciones de masas nunca vistas en Bolivia, las izquierdas en la región siguen presentes y a la ofensiva. Los estallidos sociales en Ecuador, Chile y Colombia, y el deterioro institucional del Perú, con el cierre inconstitucional del Congreso, nos revelan que no solo se trata del chavismo sin anestésicos que se atornilla en Cuba y Venezuela, sino que estamos ante un fenómeno más complejo.

Al lado del colectivismo chavista están las corrientes neomarxistas –también llamadas marxismo cultural– que se reclaman herederos del pensamiento de la escuela de Frankfurt. Un breve análisis a esta aproximación nos permite decir que las corrientes neomarxistas no se proponen cambiar –al menos en un principio– las estructuras económicas y sociales, se plantean controlar la superestructura. Es decir, las instituciones, los sentidos comunes de la opinión pública y la conducta de los actores políticos. Desarrollan un intenso trabajo cultural e ideológico al estilo de la propuesta gramsciana.

na. Pero para avanzar en ese objetivo necesitan renunciar a los programas máximos del marxismo, disolver los obsoletos partidos de cuadros y abandonar el materialismo histórico, que movilizaba ideológicamente al marxismo setentero.

Con esa lógica comienzan a desarrollar programas sectoriales y alrededor de ellos una red de organizaciones no gubernamentales, instituciones sociales y múltiples formas de activismo que reemplazan con eficiencia a los viejos partidos de cuadros. Quizá el ejemplo más paradigmático es la “defensa del medio ambiente”. Un discurso elaborado por todas las izquierdas planetarias nos señala que 200 años de revolución industrial están llevando al planeta a la hecatombe, que si pretendemos dejar un mundo a nuestros nietos, estamos obligados a detener el capitalismo. En Perú, Chile, Ecuador y Colombia, bajo la sombra de este discurso, se han detenido inversiones en recursos naturales, lo que ha lentificado el crecimiento y el proceso de reducción de pobreza.

Algo parecido sucede con la supuesta defensa de los Derechos Humanos. Surgen redes de oenegés y multiplicidad de organismos que denuncian “la violación sistemática de los Derechos Humanos”, tal como hoy sucede en Chile y pasó en el Perú de los ochenta, con el claro objetivo de erosionar la autoridad del Estado, el imperio de la Constitución y la ley. Finalmente, la acción de las minorías violentas se “legitima” ante la impotencia de la autoridad estatal.

Las corrientes neomarxistas también han impulsado la defensa de las cuestiones de género, en supuesto favor de las minorías sexuales. En realidad, el objetivo ha sido evidente: dividir a conservadores y liberales para que avancen las propuestas anticapitalistas, con las más diversas envolturas. Existen otros programas sectoriales de estas corrientes que apuntan a una supuesta defensa de los consumidores, con el objetivo de enfrentarlos con las empresas y los mercados, como si la idea misma de un consumidor fuese posible sin libre comercio.

Por todas estas estrategias, consideramos que en América Latina existe una convergencia anticapitalista que busca detener el crecimiento y el bienestar en la región con objeto de embestir contra las libertades políticas y económicas. No es una convergencia explícita sino implícita. Por ejemplo, el estallido social en Chile no se explicaría sin la creencia de que los chilenos pueden tener un estado de bienestar, no obstante que no han desarrollado una sola revolución industrial. El regreso del kirchnerismo en Argentina, si bien es responsabilidad directa de la derecha y de Mauricio Macri –por haberse negado a reformar la economía– también tiene que ver con la creencia de los argentinos de que la prosperidad es posible sin sacrificios.

Si vemos las cosas desde la ideología –desde la buena ideología, de aquella que tiene cables con la realidad– es evidente que la Guerra Fría del siglo pasado se ha trasladado a América Latina, con otras intensidades y diferentes dimensiones. Pero algo parecido sucede.

El ingreso medio y la situación revolucionaria

Los estallidos sociales en Ecuador, Chile, Bolivia y Colombia, y el cierre inconstitucional del Congreso del Perú, han concitado la atención del planeta. ¿Qué sucede en América Latina? ¿Por qué de repente se suman los estallidos sociales uno tras otro? Las cosas han llegado a tal nivel que el expresidente de Bolivia, Evo Morales, fue derrocado por impresionantes movilizaciones ciudadanas, luego de comprobarse que perpetró un fraude electoral. La región parece a punto de estallar y surgen los relatos más diversos para intentar explicar la situación.

Desde *La Revista de El Montonero* pretendemos plantear una aproximación que tiene que ver con la política, la economía, la cultura y la ideología. ¿Una intención demasiado ambiciosa? Quizá, pero ensayemos.

Por ejemplo, si tuviésemos que desarrollar una definición reduccionista de América Latina tendríamos que sostener que es la región de las sociedades de ingreso medio. Es decir, la mayoría de países latinoamericanos han logrado un ingreso per cápita medio, luego de haber desarrollado una primera generación de reformas que les permitió reducir pobreza significativamente. Llegado a este punto, este tipo de sociedades lentifica peligrosamente su crecimiento y tiene menos posibilidades de seguir reduciendo pobreza. En este contexto, las clases medias precarias, que acaban de salir de la pobreza, suelen caer en la desesperanza y se vuelven blancos fáciles del discurso populista y demagógico. Cuando eso sucede, las sociedades latinoamericanas suelen regresar a las fórmulas colectivistas y estatistas. Y, de pronto, América Latina aparece atrapada en un péndulo, entre las reformas y el estatismo, que le impide avanzar al desarrollo.

Si alguien cree que exageramos con lo de sociedades de ingreso medio, las cifras del Banco Mundial nos señalan que el ingreso per cápita de Argentina en el 2018 era US\$ 10,040; de Brasil era US\$ 11,026; de México era US\$ 10,385; de Perú era US\$ 6,454; de Chile era US\$ 15,130 y de Venezuela era US\$ 7,282 (luego de haber tenido uno US\$ de 12,726 en 1998 antes de que Hugo Chávez tomara el poder). Como se observa, la condición de ingreso medio queda fuera de duda si nos atenemos a los parámetros del Banco Mundial.

La revolución de los ex pobres

Existe la creencia de que las revoluciones la hacen los pobres, los menesterosos y los descamisados. Grave error. El pobre no tiene tiempo, excepto para sobrevivir. De allí que The Boston Tea Party (la revolución de Estados Unidos) y el asalto a la Bastilla en Francia fueran liderados por pequeños propietarios que eran expropiados por los impuestos de las monarquías. Simplificando las cosas, los revolucionarios de ese entonces eran las clases medias actuales.

Las sociedades de ingreso medio de América Latina están pobladas de clases medias precarias que recién abandona-

ron la pobreza. Unos años después del crecimiento intenso, en este tipo de sociedades se comienza a lentificar peligrosamente la expansión económica porque ya no se pueden pagar salarios bajos –que corresponden a países pobres– a las nuevas clases medias. Pero tampoco se puede competir con los países desarrollados, porque en América Latina no existe buena educación ni salud y, por la tanto, no hay una fuerza laboral innovadora. Igualmente, los entornos institucionales son impredecibles y desalientan las inversiones. Es decir, escasean instituciones y derechos de propiedad. Ni qué decir de la falta de infraestructuras, que imposibilita la conexión física de mercados y transacciones. En este escenario las sociedades de ingreso medio generan las condiciones de los estallidos sociales.

Analicemos el caso de Chile bajo esta perspectiva. Luego de crecer sostenidamente durante más de tres décadas, sobre el promedio mundial, los chilenos lograron un ingreso per cápita de US\$ 15,130 y redujeron la pobreza por debajo del 10% de la población. Sin embargo, el fracaso del Estado en proveer buenos servicios en educación y salud, frente a la oferta cada vez más eficiente del sector privado, fue incubando la crisis. La distancia entre el servicio estatal de salud, que atiende el 80% de la demanda, frente a la eficiencia del sector privado se volvió sideral.

Sin embargo, más allá del fracaso del Estado chileno al intentar emular los éxitos de la economía de mercado y la inversión privada, la crisis del sistema republicano en Chile de ninguna manera se podría explicar sin el fracaso económico y social del segundo gobierno de Michelle Bachelet (2014-2018). Las reformas tributarias y laborales de esa administración afectaron de tal manera al país del sur que la economía creció 1.7% en promedio anual. Es decir, Chile solo creció la mitad del promedio mundial y apenas un tercio del más de 5% de expansión económica alcanzada en la primera administración de Sebastián Piñera, mientras aumentaba la deuda pública y se relajaba la responsabilidad fiscal. En otras palabras, la segunda administración de Bachelet logró lo que parecía imposible: el peor desempeño de Chile en las últimas tres décadas.

Las reformas de Bachelet (que incrementaron el impuesto de las empresas) y las laborales (que reforzaron el papel de los sindicatos en huelga), pues, le restaron productividad y competitividad a la economía, tal como se revela en los rankings mundiales. Pero eso no fue todo. La grave crisis económica y social que se incubó en la segunda administración de Bachelet también organizó el relato para la actual crisis republicana. A pesar de que en el 2005 el presidente socialista Ricardo Lagos impulsó un paquete de reformas constitucionales a la Carta de 1980, con amplio consenso en el Congreso, y pese también a que el propio Lagos habló de una nueva Constitución “nacida en democracia” y “que ya nada nos dividía”, la izquierda volvió a plantear la necesidad de una asamblea constituyente para superar la “Constitución heredada de Pinochet”. Es más, Bachelet, como se dice, atizó todas las brasas, planteando una propuesta de nueva Constitución cinco días antes de culminar su mandato.



Al lado del colectivismo chavista están las corrientes neomarxistas –también llamadas marxismo cultural– que se reclaman herederas del pensamiento de la escuela de Frankfurt.

El aumento de las tarifas del Metro de Santiago solo fue la chispa que encendió una pradera organizada por el fracaso del Estado chileno y el relato neomarxista, desarrollado en el segundo gobierno de Bachelet, acerca de la urgencia de “un Estado de bienestar” a través de una nueva Constitución.

Algo parecido sucedió en Ecuador cuando la administración de Lenin Moreno incrementó el precio de los combustibles para lograr el equilibrio fiscal. En la región se cree que se puede llegar a la prosperidad sin ahorro y sin esfuerzos. Y, salvando las distancias, en Bolivia el estallido social se desató porque el fraude electoral de Evo Morales se sumó a las deficiencias de un modelo estatista que acumulaba déficit fiscal y deuda pública, y que en cualquier momento iba a estallar.

¿Por qué América Latina está empantanada?

Los economistas llaman “trampa de ingreso medio” a la lentificación del crecimiento y a la imposibilidad de seguir reduciendo pobreza como antes. El fenómeno es tan antiguo como el desarrollo. Por ejemplo, el Banco Mundial ha establecido que solo 13 de los 101 países de ingreso medio en la década del sesenta lograron escapar de la temida trampa y alcanzar el desarrollo. Singapur y Corea del Sur están entre ellos, gracias a que le concedieron enorme importancia a las reformas en educación, salud e innovación. Asimismo, gracias a las transformaciones institucionales y de infraestructuras.

En América Latina se suele desarrollar una primera generación de reformas que reduce el déficit fiscal, el tamaño del estado empresario –a través de privatizaciones– e incluso se desregula mercados y el comercio internacional. Estas reformas generan crecimiento y reducción de pobreza, pero luego

la expansión económica se detiene. Los latinoamericanos se muestran incapaces de seguir reformando sus economías y sociedades. Algo así ha sucedido en Argentina y Brasil, por ejemplo. El gradualismo de Mauricio Macri ha impulsado el retorno del kirchnerismo, y Brasil se salva por ahora del regreso del populismo del Partido de los Trabajadores.

Pero, ¿por qué la región está atrapada en esta lógica destructiva? Como ya hemos sostenido en América Latina existen dos tipos de colectivismos: el chavismo que es la fórmula anticapitalista sin anestésicos, y la corriente neomarxista que construye los relatos, que mediante una red de oenegés y activistas alrededor de los temas medio ambientales, de Derechos Humanos, de los asuntos de género, entre otros, ha logrado apoderarse de los sentidos comunes de las sociedades latinoamericanas, influir decisivamente en los medios de comunicación y, en general, marcar la agenda de la opinión pública. Poco a poco a los estados son copados sectorialmente y los ministerios vinculados al medio ambiente se encargan de sobrerregular la legislación para detener las inversiones. Igualmente, las organizaciones que supuestamente defienden los Derechos Humanos avanzan en los sectores de justicia, en los poderes judiciales y las fiscalías.

En Chile, por ejemplo, el relato neomarxista le ha hecho creer a las mayorías que una sociedad con un ingreso per cápita de US\$ 15,130 puede gozar de pensiones de jubilación similares a las de una sociedad desarrollada. Para comprender las distancias vale señalar que el Banco Mundial ha establecido que el ingreso per cápita de Estados Unidos en el 2018 fue de US\$ 54,542. Es decir, la promesa del neomarxismo es de un estado de bienestar en sociedades que ni siquiera han procesado su primera revolución industrial. Hoy las sociedades desarrolladas enfrentan su IV Revolución Industrial, y algunas de ellas han comenzado a desmontar sus políticas de bienestar para reducir el déficit fiscal y la deuda pública.

Las mismas corrientes neomarxistas son las que evitaban el imprescindible ajuste del gasto del Estado que debió desarrollar Macri para evitar el regreso del kirchnerismo, y las que en Brasil intentan detener las reformas macroeconómicas, tributarias, laborales y en pensiones que buscan cerrar el déficit fiscal, reducir la deuda pública y incrementar la productividad del gigante brasileño.

La conclusión es breve pero lapidaria para la libertad: estas cosas suceden en América Latina porque las corrientes colectivistas –en sus diversas expresiones– están ganando largamente la guerra ideológica, porque los defensores del sistema republicano y la economía de mercado han entrado en una zona de confort, creyendo que estamos cerca del fin de la Historia e ignorando que ella avanza en zigzag y que, a veces, retrocede al punto de partida.

Por todas estas consideraciones este primer número de *La Revista de El Montonero* lo dedicamos al desarrollo de las corrientes neomarxistas en la región.

El declive del neomarxismo

MIGUEL PLATÓN DESARROLLA UNA AMPLIA REVISIÓN DE LA EVOLUCIÓN DEL MARXISMO Y EL LENINISMO, SOBRE TODO EN EUROPA, EN OCCIDENTE. MARX, LENIN Y BERNSTEIN FORMAN PARTE DE LA GALERÍA DE PERSONAJES E IDEAS QUE CONSIDERA EL AUTOR PARA REFLEXIONAR SOBRE EL MARXISMO Y EL SOCIALISMO ESPAÑOL. FINALMENTE, LAS REFLEXIONES DE PLATÓN ACERCA DEL NEOMARXISMO CONTEMPORÁNEO NOS REVELAN QUE LAS GUERRAS IDEOLÓGICAS DE SIGLOS PASADOS ESTÁN RECRUDECIENDO Y CAUSAN PREOCUPACIÓN.

Por: Miguel Platón

Miguel Platón es un periodista español, ex director de informaciones de la agencia EFE, quien tuvo el privilegio de informar sobre el final del régimen de Franco y la transición española. Además es autor de diversos libros, entre ellos *Así comenzó la guerra civil*.

Desde hacía algunos años dirigía la revista doctrinal del SPD, *Die Neue Zeit* (El tiempo nuevo). En 1899 se le podía considerar, con justicia, como el más destacado marxista de la época.

Sus palabras causaron, por ello, sensación en el que era el partido socialista más importante del mundo. Edvard Bernstein fundamentó su postura en que las previsiones de Marx no se estaban cumpliendo. La lucha de clases –supuesto motor de la historia– no se agudizaba y el sistema económico basado en la libertad –el capitalismo–, que había fomentado la Revolución Industrial, generaba una creciente prosperidad, en beneficio de todas las clases sociales. Esa realidad cuestionaba

la doctrina elaborada entre 1848 y 1883 por Carlos Marx que, al declararse científica, debía ser validada por la experiencia. Esta última, sin embargo, se desarrollaba en sentido contrario a lo profetizado por el publicista alemán.

Bernstein propuso a los congresistas del SPD adecuar su actuación a las realidades económicas, sociales y políticas. En lugar de fomentar una revolución más o menos radical, debían seguir una política reformista, destinada a mejorar las condiciones de los trabajadores, en función de la evolución de los acontecimientos. Los socialistas alemanes quedaron desconcertados. Ni aprobaron ni rechazaron las propuestas de Bernstein, aunque en la práctica adoptaron la línea reformista que el berlinés había puesto sobre la mesa.

El hecho de que más de un siglo después permanezca un residuo de quienes se consideran a sí mismos neomarxistas es indicativo de una manifiesta confusión política, económica y, sobre todo, intelectual. También conduce a una acusada pérdida de tiempo y de esfuerzos, porque la realidad de la acción



humana no cambia. El pretendido hombre nuevo no ha aparecido por parte alguna.

Un colega norteamericano suele decir que las malas ideas son como los zombies: por mucho que los entierres, siempre resucitan. En el mundo de los últimos años la resurrección de una especie de neomarxismo ha sido la consecuencia de coyunturas adversas sufridas por determinados países, como Venezuela, España o Grecia. En el primer caso debido a una manifiesta corrupción e ineficacia del sistema político. En los otros dos, a causa de la crisis que surgió a partir de 2008, que produjo una recesión económica y, con ello, un deterioro de las expectativas sociales. Algunos falsos profetas afirmaron que el proceso confirmaba uno de los mantras del marxismo: la inevitable decadencia y fracaso de lo que llaman capitalismo. Sectores especialmente afectados por la crisis aceptaron la tesis y se pronunciaron en su favor cuando fueron convocadas elecciones.

Ello no suponía novedad alguna. Durante el último siglo los brotes de neomarxismo estuvieron siempre asociados a situaciones especialmente críticas que padecían amplios sectores de la sociedad. Tenía lógica que estos últimos se adhirieran a una alternativa que les prometía soluciones frente al fracaso de lo establecido, aunque solo fuera como una reacción primaria.

La primera gran crisis que interrumpió la evolución reformista del socialismo fundado por Marx (la II Internacional) fue la Primera Guerra Mundial; una guerra civil europea en toda regla, que en 1914 interrumpió el mayor ciclo de prosperidad que había conocido la especie humana. La cadena se rompió por el eslabón más frágil: el Imperio Ruso, que sufría tanto derrotas militares como escasez de abastecimientos.

Frente al tópico extendido por la propaganda, en la Rusia de 1917-1918 no hubo revolución alguna, sino un doble golpe de Estado de los bolcheviques que lideraba Vladimir Uljanov (Lenin): primero en noviembre contra el Gobierno de mayoría socialista de Kerensky; y luego en enero, contra una Asamblea Constituyente en la que los bolcheviques habían quedado en minoría y perdido las dos primeras votaciones, a pesar de la violencia ejercida por los leninistas. Lenin, a su vez, no era un líder popular, sino un instrumento del Estado Mayor alemán, que lo transportó a Rusia desde Suiza y financió sus actividades con el objetivo de apartar a Rusia de la guerra y neutralizar así su frente oriental. Lo que en efecto consiguió al firmar en marzo de 1918 el Tratado de Brest Litovsk con los bolcheviques.

Aunque Lenin impuso un régimen comunista que se proclamaba basado en Marx, los principales marxistas de la época negaron la condición marxista de la que sería la III Internacional, fundada en Moscú en 1920. Fue el caso del

propio Bernstein, pero también del checo Kautsky, del ruso Plejanov —el introductor del marxismo en Rusia— y de la diputada alemana Rosa Luxemburgo. Frente a la dimensión ética de Marx —quien al pronosticar erróneamente un rendimiento decreciente del capital proponía una sociedad igualitaria para salvar a los menos favorecidos—, Lenin prometió que su teórica dictadura del proletariado conduciría a la abundancia de bienes y servicios. El hecho de que todavía haya quien se proclame marxista-leninista solo refleja una colosal ignorancia de ambas doctrinas.

Los bolcheviques, primero con Lenin y después con Stalin, establecieron un aparato de poder basado en el terror. No obstante, una minoría de socialistas de otros países asumieron que, con todos sus defectos, se había logrado establecer por vez primera un auténtico régimen socialista, y se adhirieron a la III Internacional, aunque su proyección en otros países sería minoritaria.

La siguiente gran crisis se produjo en los años treinta del siglo pasado, en España. El Partido Socialista Obrero Español se fundó en Madrid, en 1879, y su programa fue supervisado por el propio Carlos Marx. Durante medio siglo su proyección política resultó escasa, sin apenas representación parlamentaria y un sindicato —la Unión General de Trabajadores— que no tenía siquiera la mitad de afiliados de la Confederación Nacional de Trabajadores, anarcosindicalista. Su principal avance se produjo gracias a la colaboración con la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930), que estableció unos comités paritarios para resolver los conflictos sociales —en los que participó la UGT—, mientras que la CNT estuvo proscrita a causa de su dimensión violenta.

“

Un colega norteamericano suele decir que las malas ideas son como los zombies: por mucho que los entierres, siempre resucitan.

Al proclamarse la Segunda República, en 1931, el PSOE formó parte de sucesivos gobiernos de coalición con republicanos de izquierda; pero se radicalizó tras ser derrotado en las elecciones generales de noviembre de 1933, donde apenas obtuvo el 16.3% de los votos. En octubre de 1934 el partido y el sindicato se rebelaron contra el Gobierno republicano de centroderecha y desencadenaron una violenta revolución que fue sometida en dos semanas, al coste de más de un millar de muertos.

En 1936 el PSOE se unió a la coalición electoral vencedora del Frente Popular; y el sector mayoritario del partido, encabezado por el líder de UGT Francisco Largo Caballero, emprendió una política destinada expresamente a la fusión con el Partido Comunista de España. No era marxismo sino leninismo. Con esa dinámica, junto con el recurso a la violencia, contribuyó como ninguna otra fuerza política al estallido de la Guerra Civil, que terminó con su derrota y, en general, de la izquierda.

La victoria de la URSS en la Segunda Guerra Mundial condujo a un supuesto rebrote del marxismo, que en realidad fue leninismo, basado en la ocupación por el Ejército soviético de buena parte de la Europa Central y Oriental. En Asia, tanto China como el norte de Corea y Vietnam fueron dominados por los comunistas. No faltaron quienes pronosticaron, tanto en dichos países como en la propia Unión Soviética, un mayor progreso que en la Europa Occidental, gracias a la supuesta superioridad de la planificación estatal sobre la libertad de empresa, que compensaría las evidentes restricciones de la férrea dictadura impuesta desde Moscú. Se equivocaron: desde finales de los años cuarenta comenzó en el Occidente y el sur europeos un ciclo de prosperidad que duró un cuarto de siglo.

Ese progreso fue más acusado en la República Federal de Alemania. Después de varias derrotas electorales, el Congreso del SPD, reunido en Bad Godesberg (en 1959), aprobó la línea reformista que sesenta años antes había propuesto Edward Bernstein. Su programa de Economía Social de Mercado, compartido con la democracia cristiana (CDU), se extendió de hecho por el resto de la Europa libre, y los partidos socialistas olvidaron tanto sus orígenes marxistas como la retórica revolucionaria.

En el caso de España, la renuncia al marxismo se produjo en el Congreso Extraordinario del PSOE de 1979 —después de dos victorias electorales de la Unión de Centro Democrático de Adolfo Suárez—, ratificada en el primer discurso de investidura como presidente del Gobierno que pronunció el líder socialista Felipe González, en noviembre de 1982. El Partido Comunista de España, reducido a cuatro diputados, sufrió una crisis que lo llevó a fundar la coalición Izquierda Unida, y no volvió a presentarse con sus siglas.

Los países de la órbita soviética, mientras tanto, padecían varios decenios de estancamiento y dictadura, con sucesivas

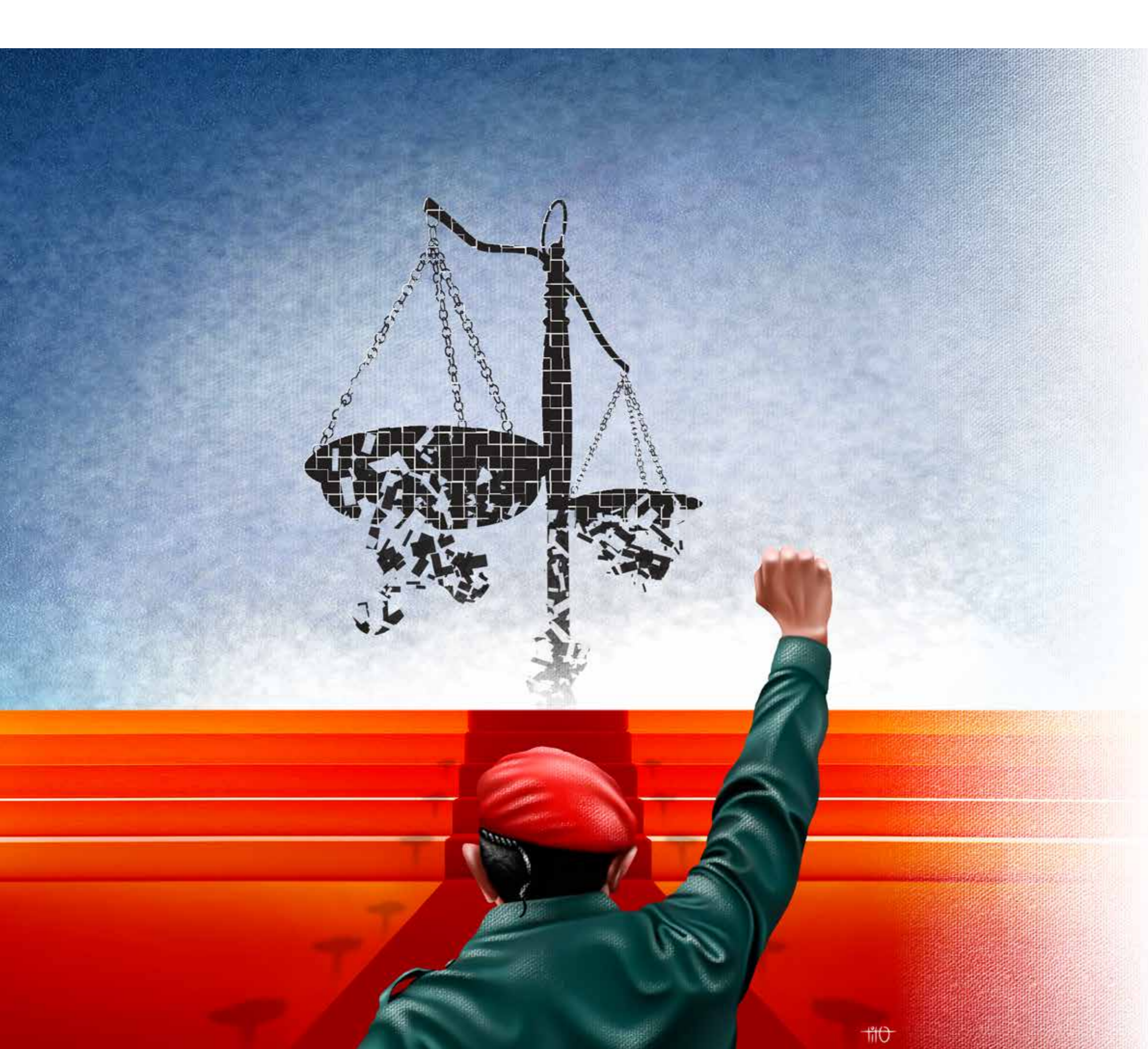
Los bolcheviques, primero con Lenin y después con Stalin, establecieron un aparato de poder basado en el terror. No obstante, una minoría de socialistas de otros países asumieron que, con todos sus defectos, se había logrado establecer por vez primera un auténtico régimen socialista...

revueltas populares en Alemania Oriental (1953), Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) y Polonia (1980). Solo la intervención o la amenaza del Ejército soviético mantuvo a esos países bajo el control de Moscú. En Asia, América (Cuba) y África los regímenes formalmente marxistas condujeron a esos países a la miseria, frente a la prosperidad que se producía en Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur y otros.

La crisis del petróleo, iniciada a finales de 1973, hizo renacer las expectativas de una supuesta crisis final del capitalismo. Pero de nuevo los hechos desmintieron la profecía y, tras la muerte del tirano Mao Tse Tung, China implantó de forma progresiva los principios de la economía de mercado. Gracias a ello registró, durante más de un cuarto de siglo, los mayores crecimientos de la historia económica mundial, hasta convertirse en la actualidad en la segunda economía del planeta, solo detrás de los Estados Unidos. La evidencia del fracaso del modelo soviético llevó a la pacífica revolución de 1989, que en la URSS y los otros países de su órbita abrió la puerta a la democracia. Incluso partidos comunistas tan poderosos como el italiano, el francés o el portugués quedaron reducidos a la irrelevancia, con la desaparición de sus siglas.

La crisis de Venezuela en los años noventa y de otros países a partir de 2008 volvió a plantear la aparición significativa de un neomarxismo. Aunque sería exagerado imputar alguna coherencia ideológica a dirigentes como Hugo Chávez y Nicolás Maduro, que en realidad han sido cabezas de una mafia de intereses cohesionada por el poder y el beneficio personal.

En Grecia y España aparecieron nuevas fuerzas políticas que ocuparon parte del espacio ocupado por los partidos tradicionales, mediante programas que combinaban recetas populistas con dogmatismos neomarxistas surgidos de ámbitos universitarios mediocres. El griego Tsipras abandonó el poder tras ser derrotado en las elecciones de 2019; y en España la coalición Podemos, que consiguió 71 escaños en 2015 (en un parlamento de 350 diputados), se vio reducida a 35 en 2019, además de sufrir varias convulsiones internas. Casi todo su poder municipal o regional ha desaparecido. Hoy su señal de identidad es el declive; al menos hasta la próxima ocasión en que los falsos profetas vuelvan a tener audiencia. Ya se sabe: los zombies siempre resucitan.

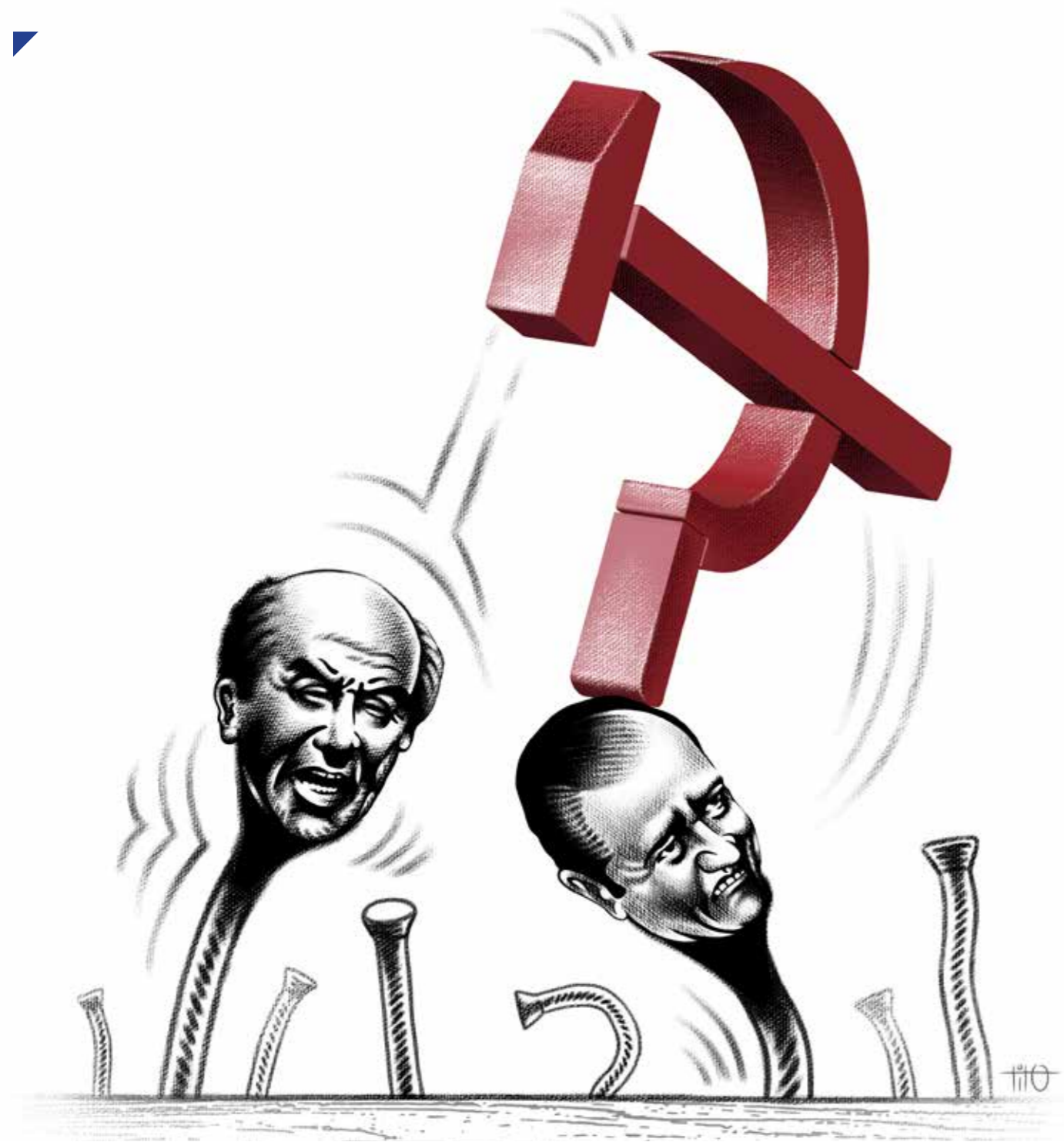


El deslave institucional de la democracia

BAJO LA CONSIGNA “EL 10 A LAS DIEZ, SE VA CARLOS ANDRÉS”, LOS SECTORES MEDIOS, CON CACEROLA EN MANO, DECIDIERON DARLE LA ESPALDA A LA LIBERTAD Y ABRIRLE EL PASO A QUIENES SERÍAN SUS FUTUROS OPRESORES.

Por: Oscar Vallés
Profesor asociado y jefe del Departamento de Estudios Políticos de la Universidad Metropolitana de Caracas

Mi profesor de Historia de las Ideas Políticas, José Brito González, me despertó esa madrugada con un semblante angustiado. “Le dieron un golpe a tu presidente”, me dijo, cuando apenas trataba de entender la razón de su alarma. Teníamos varios días de pesca en el golfo de Santa Fe, a unos 380 km al oriente de Caracas, entre textos de Hobbes, Locke y Kant. Su angustia no era solamente el golpe de Estado al presidente Carlos Andrés Pérez, envuelto en una campaña de descrédito por la antipolítica de siempre. También los rostros de esos milicos matariles que evocaban a los violentos arri-visti, pendencieros asesinos del renacimiento italiano, que tanto preocuparon a Maquiavelo. La tragedia venezolana del siglo XXI tiene en el 4 de febrero de 1992 su fecha de naci-



Según esa matriz, la “partidocracia” era la causa de todos los males de la República. Así llamaban al sistema político democrático quienes se hacían eco de esa vil campaña.

miento, y ese día el país conoció a su perpetrador: el teniente coronel Hugo Chávez Frías.

Esa sorna de Brito González no dejaba de tener algo de razón, cuando se refería a Carlos Andrés Pérez como “mi presidente”. Durante años formé parte de quienes denunciábamos, desde las escuelas de ciencias políticas, la campaña contra el Congreso Nacional, la Corte Suprema de Justicia y la Presidencia de la República. En efecto, la demolición de las instituciones democráticas comenzó a acentuarse en 1989 y tuvo su epicentro en los partidos políticos firmantes del histórico Pacto de Puntofijo de 1958, Acción Democrática y Copei. Intelectuales, empresarios, gremialistas, agitadores de izquierda, periodistas y dueños de medios de comunicación, constituyeron una especie de alianza no declarada para forjar una matriz

de opinión que se impuso como moda: la necesidad de un cambio profundo y radical, en todos los órdenes de la vida política y pública, sin saber hacia dónde, cómo ni para qué.

Según esa matriz, la “partidocracia” era la causa de todos los males de la República. Así llamaban al sistema político democrático quienes se hacían eco de esa vil campaña. “Cogollo”, copa del sombrero de paja tradicional venezolano, era el término al uso para descalificar las decisiones acordadas por los grandes partidos en las cámaras y comisiones parlamentarias. La campaña de la antipolítica fue generando ese entorno donde se cuecen las sediciones y se fraguan las conspiraciones. Para el golpe del 4 de febrero de 1992 esa campaña había alcanzado tanto revuelo y extensión que esos desconocidos sediciosos militares, liderados por Chávez, encontraron la oportunidad para reinaugurar la política del plomo y la pólvora que habíamos dejado bien atrás, en las guerras civiles del siglo XIX, cuando huestes enardecidas tras un caudillo hacían de las suyas, sin permiso ni perdón.

En cadena nacional de radio y televisión presenciamos el debate en el Congreso sobre la suerte de los golpistas. Líderes como Rafael Caldera exhortaban “comprensión” para ellos, en vista de la “corruptela” y la “exclusión” que denunciaban de la partidocracia. Otros consideraron el golpe como una advertencia de la necesidad de cambios en la forma republicana de los poderes públicos. Pocos respaldaron abiertamente al Presidente y condenaron sin reservas a los violentos. Un senador gritó desde la tribuna de oradores “¡muerte a los golpistas!”, siendo defenestrado y sometido al escarnio público y político. Entre un torrente de posiciones acomodaticias y discursos oportunistas, sucesivos cambios de gabinete y disturbios en las calles, el mejor indicador de que la campaña antipolítica había triunfado fue aquel cacerolazo del 10 de marzo de ese fatídico 1992.

Bajo la consigna “el 10 a las diez, se va Carlos Andrés”, los sectores medios con cacerola en mano decidieron darle la espalda a la libertad y abrirle el paso a quienes serían sus futuros opresores. Por entonces, vivía en la urbanización El Bosque, un puñado de casas y condominios que lindera con el Caracas Country Club y con el corazón de la clase media caraqueña. El cacerolazo más largo e intenso de la historia del país me encontró en la calle. Recorrí esas urbanizaciones absorto ante los “viva Chávez, ¡carajo!”, que solo acallaban ante un “¡fuera CAPI!”, ambos recibidos con vítores y aplausos. Esa noche me aleccionó que la estabilidad preconizada por Aristóteles la habíamos perdido: la clase media venezolana fue la principal promotora del extravío político republicano.

A mediados de 1996, dos años después de recibir el indulto presidencial, vi a Chávez desde mis oficinas, en la placita de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de

“

Recorrí esas urbanizaciones absorto ante los “viva Chávez, ¡carajo!”, que solo acallaban ante un “¡fuera CAPI!”, ambos recibidos con vítores y aplausos.

La Universidad de Los Andes. Estaba junto a una decena de estudiantes, pero por su fogosidad parecía ante 100,000 espectadores. Me instalé cautelosamente frente al comandante, como quien mira a un paciente en el diván, sabiendo que él se había percatado, desde mi llegada, que era mi “objeto de estudio”. Bastó observarlo un poco más de media hora para confirmar todas las sospechas que me habían perseguido desde 1992. La ambición de poder, esa que retrata Ramón Díaz Sánchez en los Guzmán del siglo XIX venezolano, volvía nuevamente sobre nosotros bajo un nuevo formato. Una ambición excepcional y típica de los tiranos, porque solo logra satisfacerse con una forma muy especial de poder: “hacerse temer”. Mientras algunos se regocijan ante la lisonja o el aplauso que reciben, estos solo disfrutaban el poder cuando engendran el miedo en los demás.

La terrible combinación para el deslave institucional de la democracia y la irrupción de la violencia estaba completa. La campaña antipolítica encontró a una clase media ansiosa de venganza y a un déspota. Los sectores populares movilizados por esas tres grandes fuerzas se plegaron al triunfo electoral de Chávez en 1998. Sin mayores dificultades, porque sus adversarios no lograron descifrar que ya habíamos perdido todo en 1992. En aquel año electoral, otro querido maestro, Luis Castro Leiva, en su discurso conmemorativo del 23 de enero, Día de la Democracia Venezolana, advirtió ante diputados y senadores: “La paz de la democracia es un bien inestimablemente mejor que el de cualquier forma de opresión organizada. Evitemos que otra vez tengamos que celebrar el olvido”. Para quienes enfrentan ese extravío, en cualquier país de nuestra América, preservemos estos recuerdos.

¿Marxismo? ¿O más bien marxismo-leninismo?

EN CUANTO AL MARXISMO, YO REPREGUNTARÍA ¿CUÁL DE ELLOS? ¿UNA TEORÍA, UNA ESTRUCTURA ECONÓMICA, SOCIAL? ¿Y CUÁL DE LAS HERENCIAS? LAS IDEAS DE KARL MARX Y FRIEDRICH ENGELS TUVIERON HEREDEROS DIVERSOS. ¿A CUÁL DE ESAS CREENCIAS LE LLAMAMOS MARXISMO?

Por: Hugo Neira

Abancay, 1936. Periodista, ensayista, historiador, y docente universitario. Discípulo de Raúl Porras Barrenechea. Doctor en Ciencias Sociales por la EHESS de París. Catedrático en Francia hasta su jubilación. Ex director de la Biblioteca Nacional del Perú. Actualmente, director del Instituto de Gobierno y de Gestión Pública de la USMP, docente investigador en el mismo y en la Universidad Ricardo Palma. Columnista en El Montonero y Café Viena. Numerosos libros publicados.

I
Comencemos por aquello que se entiende por «países socialistas». En realidad, Estados comunistas. Desaparecen en 1990. Me refiero a algo real, además de la potente URSS, otros países, a saber, Albania, Bulgaria, Hungría, Polonia, la República Democrática Alemana (o RDA), Checoslovaquia, miembros de lo que se llamaba el COMECON. Un tipo de organización económica y política que se caracterizaba por tres principios: la propiedad pública de los medios de producción; la planificación estatal; y el rol dominante de un partido único que podía llamarse comunista en unos casos, y en otros, frentes de partidos socialistas. (Este último principio, el partido único, jamás aparece en los escritos de Marx o en sus conversaciones, como lo veremos más adelante). En suma, el aparato económico estuvo dominado por el Estado. Fuera del bloque prosoviético, hubo otros Estados socialistas: en América Latina lo fue Cuba, en Asia —siempre llamadas «repúblicas democráticas»—,

Corea, Vietnam, Mongolia. Y dos excepciones: China, la de Mao, y Yugoslavia, en una tendencia distinta a la soviética (tiempos de Tito, la autogestión). Hace 30 años que se extinguieron.

II
Estas naciones europeas han sufrido para dejar el modelo de Stalin y acomodarse a un aparato económico que no depende del Estado, o sea, la economía moderna. Hoy, son parte de la Unión Europea, y con grandes problemas. Se les hace difícil la modernidad. Funcionaron bajo un solo partido dominante hasta 1990. La crisis permanente de la ex Europa del Este, «se explica por haber estado acostumbrada a una planificación central» (Encyclopedia Universalis, 2004). Ahora bien, mientras la URSS fue dominante, no hubo socialismo —en el país de los proletarios, estaban prohibidas las huelgas y sindicatos— sino una nomenklatura. Quien se sirve de los trabajadores de esos países semi industriales en el siglo XX fue la URSS.





Desde entonces pude estudiar cualquier tendencia, sin sumarme a una de ellas. Con el concepto central de Verstehen de Weber, aprendí a «comprender», no enjuiciar. Eso se llama, en el acto sociológico, una axiología. Conservadores, liberales, neoliberales, lo que fuera, pero los tomo como ideología.

«Salieron de los periodos de hambre y miseria, pero su nivel de vida fue mediocre e igualitario» (Ibidem).

III

Ya no hay países socialistas, que en realidad eran comunistas, tras la versión leninista. Lo que hoy existen son partidos socialistas, pero sus dirigentes no se quedan en el poder unos 70 años, como Fidel Castro. Y si llegan al poder, en Chile, en España, no abandonan la economía liberal ni el mercado. Con ese criterio gobernaron los socialistas reconvertidos a la democracia, de esto hace poco tiempo en Francia, con Mitterrand, Hollande, hoy un tanto Macron. Pero en el siglo XXI, están en crisis los viejos partidos y las demandas participativas de la «sociedad civil», término que establece Hegel. En el Perú, llaman con gran ligereza lo que está pasando, populismo. Es más complejo. Lo dejo para otra vez.

IV

En cuanto al marxismo, yo repreguntaría ¿cuál de ellos? ¿Una teoría, una estruc-

tura económica, social? ¿Y cuál de las herencias? Las ideas de Karl Marx y Friedrich Engels tuvieron herederos diversos. ¿A cuál de esas creencias le llamamos marxismo? El Marx que yo explico en mis libros y en mis clases, es el filósofo y economista que había absorbido a Adam Smith, revolucionario alemán, de 1818 a 1883. Su idea-fuerza era el análisis de una sociedad a partir del rol dominante de la infraestructura. La política, para el fundador, dependía de la economía. Todo esto, entre 1867 y 1894 con Engels, y que se puede corroborar con El Capital (tomo I, 1867; tomo II, 1885; tomo III, 1894). Pero olvidemos por un momento el sesgo asiático y despótico que le da Lenin. Hubo un Werner Sombart (1863-1941) un socioeconomista, alemán, el primero en darle importancia al «burgués». Hoy diríamos el «emprendedor». Esto en 1902. (Der Moderne Kapitalismus). Y es el primero que usa el vocablo capitalista.

V

Pensadores del capitalismo, puedo invocar a Joseph Schumpeter (1883-1950), economista austriaco. ¿Aportes?

Analizar la dinámica capitalista que provoca un proceso de «destrucción creativa». Y señala la multiplicidad de factores que intervienen. *Capitalismo, socialismo y democracia*, libro de 1942. Pero harían bien en conocerlo, tanto la gente de izquierda (que sigue una religión muerta, el estalinismo) y los de derecha. Karl Polanyi (1886-1964), economista y antropólogo, *La gran transformación*. Samir Amin, sobre el tercer mundo. Y hay muchos, muchos más, que no se conocen por estos prados.

VI

Queda una cuestión. ¿Por qué dejé de ser marxista? Por varias razones. La primera, cuando después de Velasco vuelvo a Francia, y después de Historia y Ciencias Políticas, inicio el aprendizaje de una tercera disciplina, esta vez, la Sociología. Ciencia con tres padres fundadores. Herbert Spencer, inglés (1820-1903). El francés Emile Durkheim (1858-1917) que se ocupa de «las representaciones colectivas». El tercero es Marx. Y a medida que estudiaba minuciosamente no solo *El Capital* sino *La ideología alemana*, o *La lucha de clases en Francia* de Marx, iba alejándome de la versión oficial del marxismo. La tercera etapa fue que estudiando Ciencias Sociales en la EHESS —la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales—, descubro a Max Weber, sociólogo alemán (1864-1920). Lo de Weber fue decisivo. La metodología de Weber consiste en examinar la religión de una sociedad y no para una discusión teológica. No son los medios de producción (o economía) lo que determina la dinámica de la sociedad sino las conductas. Es decir, las superestructuras, las mentalidades. Weber revierte el axioma de Marx.

Desde entonces pude estudiar cualquier tendencia, sin sumarme a una de ellas. Con el concepto central de Verstehen de Weber, aprendí a «comprender», no enjuiciar. Eso se llama, en el acto sociológico, una axiología. Conservadores, liberales, neoliberales, lo que fuera, pero los tomo como ideología. Es decir, una mezcla de ideas y pasiones e intereses. Y en cuanto al hundimiento de la URSS y sus consecuencias, la orfandad de las

izquierdas, les he sugerido que hagan su Vaticano II. (En la revista *Socialismo y Participación*). Al visitar Polonia, vi el reclamo de elegir sus representantes y anuncié el fin de la URSS. Y luego en un texto de 1990, a pedido de alumnos de la PUCP un ensayo que se titula «Seis lecturas irreverentes de Marx».

(<https://www.bloghugoneira.com/non-classe/seis-lecturas-irreverentes-de-marx>)

VII

En los años ochenta, la hegemonía del marxismo había cesado. En *La marche des idées contemporaines*, Jacqueline Russ considera que el marxismo había dejado de ser un humanismo. Marx había planteado una nueva problemática y de preferencia no ideológica. Pero el marxismo se convierte en la ideología oficial de una burocracia dominante en la URSS, que se repite en diversos países. Es paradójica, una idea que nace para combatir las ideologías que alienan y termina por ser una de ellas. Como el nazismo, Hannah Arendt lo considera un totalitarismo. Entonces, años ochenta, la crítica a las ideologías la encarnan Castoriadis, Popper, Hayek, Aron. Es decir, desde liberales hasta pensadores heterodoxos. Solo entonces la sociología logra escapar de las tinieblas de ser marxista como el único nomos constitutivo. Son los días de Habermas, Foucault, Deleuze. Mientras Raymond Aron recuperaba los pensadores olvidados, de Arendt a Tocqueville.

Pero si el dogma de los soviéticos se apaga en Europa, en un renacer de las

ciencias sociales distantes del oficialismo comunista, se continúa como si nada hubiera ocurrido en la retrasada América Latina. La «racionalidad práctica» (Bourdieu) del marxismo deja de ser en los países avanzados. Pero en los países del retraso, Marx es un maestro que forma un saber «cerrado» (Popper) y no abierto a las modificaciones de las sociedades. De ahí se explica por qué las izquierdas no pueden entender las modificaciones de nuestras sociedades y prefieran sistemas despóticos latinoamericanos. Y eso es Fidel Castro, Nicolás Maduro y otros Estados manejados por burócratas. Paradoja del legado de Marx. Se inicia revolucionario y concluye en un intenso conservadurismo.

VIII

Nos queda la cuestión central. ¿El propio Marx, era marxista? Uno de los mejores intérpretes de Marx, Georges Labica, encuentra significativo lo que el exiliado Marx en Londres le responde a un delegado de sindicatos alemanes que va a visitarlo, a ese Marx ocupado en ser la cabeza de la la Internacional. Luego de escucharlo, le dice: «Si es eso que usted me ha explicado, entonces no soy marxista». Sintió, pues, que nacía un dogma, una ortodoxia. Lo contrario a sus ideas.

IX

Es la hora de establecer algunas puntos decisivos. Marx no funda ningún partido político llamado comunista. Lo suyo fue un Manifiesto para una clase emergen-

te, los proletarios, y como se dice en el Manifiesto, «los comunistas no son ningún partido especial frente a los otros partidos obreros». Esto está en el célebre Manifiesto, en el capítulo 2, «Proletarios y comunistas». El que inventa el partido como arma de combate es Lenin. Tenía sus razones, el proletariado no necesariamente se rebelaría, y Lenin inventa el bolchevique. A la vez intelectual y hombre de acción. Enorme cambio, las revoluciones no son un asunto de masas sino de grupos de poder. Ahora bien, ocurre entonces que Marx esperaba que el pasaje al comunismo sería en algún país industrial, Inglaterra o la Alemania de su tiempo, pero su semilla cae en un vasto país semiasiático, llamado Rusia. La historia no produjo lo esperado. Y así, lo que se proponía ser la ciencia del hombre se vuelve un mito político y una suerte de creencia. Un pensamiento mágico, pleno de profetas y augurios escatológicos. Algo que Marx, pese a su racionalidad, no dejó de sembrar. El fin del capitalismo, por ejemplo.

Suele ocurrir que se confunde lo escrito y dicho por Marx con los conceptos y praxis inventados en la Rusia comunista. Por ejemplo, se cree que es marxista la idea del «materialismo dialéctico». No es Marx. Según el Diccionario de Oxford, «el materialismo dialéctico es el nombre oficial dado a la filosofía marxista en la Unión Soviética y sus afiliados en otras partes» (p. 752). En realidad, es un concepto de Hegel, más bien parte de la tradición idealista alemana del siglo XIX. En fin, vendrán rebeldías insólitas, y acaso otras revoluciones. Pero no repetirán ni 1789 ni 1917.

En conclusión, el socialismo fue la utopía del siglo XIX al XX. Pero la utopía de este siglo es el neoliberalismo. Otra ilusión. Marx se olvidó que no solo había masas obreras y no pensó en la nación. Las grandes corporaciones transnacionales están cometiendo el mismo error. Detestan los Estados. No entienden la variedad de pueblos, culturas e identidades. La estupidez del pasado fue el partido único. Hoy, el «todo mercado». Ciertos neoliberales tienen habitus y posiciones intransigentes que recuerdan a los estalinistas.



Palabras bonitas que destrozan sociedades

OTRA PALABRA DEL NEO MARXISMO ES IGUALDAD. ES DECIR, QUE EN NOMBRE DE LA IGUALDAD SE LEGISLA Y SE APLICAN LAS LEYES DESDE LA MÁS ABSOLUTA DESIGUALDAD. PARA ELLO HAN INVENTADO LA "DISCRIMINACIÓN POSITIVA". HACER LEYES QUE DISCRIMINAN –DA IGUAL POSITIVAMENTE O NEGATIVAMENTE– ES TODO MENOS HACER POLÍTICAS DE IGUALDAD.



La izquierda se ha apropiado de las palabras bonitas atribuyéndoles el significado político que ellos consideran: progresista, democracia, igualdad, solidaridad, sostenibilidad...

profundamente demagógico que se apropia de causas universales y levanta banderas como dinamizadoras de su conquista del poder. Así, la definición más moderna y demagógica de izquierda es aquella que reza que: “todo lo bueno es de izquierdas y todo lo malo es de derechas”. Sin embargo la izquierda es un mal global que hoy tiene un problema con Venezuela. Una realidad indefendible incluso para ellos.

La izquierda se ha apropiado de las palabras bonitas atribuyéndoles el significado político que ellos consideran: progresista, democracia, igualdad, solidaridad, sostenibilidad... son conceptos de la izquierda que, en su estricto significado, desaparecen para la sociedad en aquellos países donde conquistan el poder. Su interés por las causas de los pobres y desfavorecidos es tan grande que cuando gobiernan los fabrican por millones. El neo marxismo mantiene los mismos defectos y vicios del viejo marxismo. Tiene un supuesto modelo de “distribución de la riqueza”, pero no tiene ningún modelo de generación de riqueza para la sociedad, aunque sí exitosísimo para sus dirigentes, como pasó en la Unión Soviética o sucede en Cuba y Venezuela donde los líderes se convierten en inmensamente ricos.

Es interesante repasar cómo la izquierda –como fenómeno global– en Europa y en América Latina, de forma similar, utiliza y se apropia de las palabras bonitas. El neo marxismo se caracteriza por atribuirse una legitimidad ética y moral que no les corresponde después de los más de 100 millones de personas asesinadas en el mundo por su causa. Los neo comunistas, para controlar los países que no les otorgan la mayoría, se organizan en oenegés e instituciones transnacionales con títulos rimbombantes para intentar perjudicar, perseguir y obstaculizar a cualquier gobierno que no sea de su movimiento. Así son los Institutos

para la Defensa de las Libertades –las ONG de turno– o las Transparencias Internacionales. Instituciones que nadie elige, que se autoasignan los cargos y que tan diligentes son para condenar unas formas de gobernar y amparar y encubrir las mismas, siempre que quien lo haga sea uno de los suyos, llámese “progre” en España, “caviar” en Perú, gauche divine en Francia. Es decir, neo marxistas. Un ejemplo de esa actitud profundamente desequilibrada es cómo para los neo marxistas, Leopoldo López era un agitador y reaccionario golpista que no respeta la legalidad bolivariana de Venezuela. Y, por el contrario, los políticos que intentaron dar un golpe de estado en España, declarando la secesión de Cataluña, mediante una farsa de referéndum ilegal, con miles de millones de malversación de fondos públicos, son tratados como presos políticos. Como los terroristas de ETA o de Sendero. Es que son de izquierdas.

Progresista, según ellos, es todo aquello que destroza las estructuras clásicas que derrotaron al comunismo. Progresista es todo aquello que destruye estructuras sociales clásicas como la familia. Es aquello que usurpa a los padres el derecho a decidir qué educación quieren para sus hijos. Progresista es potenciar y fomentar cualquier forma de sexualidad anormal, en términos estadísticos. Progresista es fomentar cualquier sexualidad que no sea la heterosexualidad. Progresista es dar visibilidad a la dictadura de la minoría, arrinconando y culpabilizando a la legítima mayoría.

Todo aquello que hace la izquierda es democrático. Da igual si es asaltar un parlamento en el que es obvio que las urnas no le dieron la mayoría. Democrático es avasallar las leyes y aplicarlas no como son, sino como a ellos les interesa. En la defensa de las fronteras es democrático poner cuchillas en las vallas de separación para que los migrantes sufran cortes en sus cuerpos si intentan saltar las vallas, si el que las pone es de izquierdas como Zapatero, que lo hizo. Ahora bien, si la que levanta el muro y la valla es un gobierno de derechas es xenofobia y racismo.

Todo aquello que hace la izquierda es democrático. Da igual si es asaltar un parlamento en el que es obvio que las urnas no le dieron la mayoría. Democrático es avasallar las leyes y aplicarlas no como son, sino como a ellos les interesa.

Otra palabra del neo marxismo es igualdad. Es decir, que en nombre de la igualdad se legisla y se aplican las leyes desde la más absoluta desigualdad. Para ello han inventado la “discriminación positiva”. Hacer leyes que discriminan –da igual positivamente o negativamente– es todo menos hacer políticas de desigualdad. Es verdad que la igualdad es un gran negocio para organizar todo tipo de colectivos y oenegés con las que sangrar las arcas públicas y financiarse su vida y sus movimientos.

Solidaridad es todo aquello que se hacen entre ellos. Nepotismo y favoritismo es lo mismo pero hecho por alguien que no es de los suyos. Son sujetos de solidaridad –mucho dinero de todos para los suyos y para que alrededor de esa solidaridad puedan vivir con suficiencia todos los antiguos “camaradas”– todo colectivo, organización, grupo, tribu o sociedad que esté instalada o fomentando un modelo de izquierda. Hay que ser solidario con todo grupo armado que esté luchando contra un legítimo gobierno de la derecha. Pero hacer lo mismo a la inversa es colonialismo, terrorismo, explotación... Ya sabemos que cuando la derecha dispara la víctima es asesinada. Cuando la izquierda hace exactamente lo mismo la víctima fallece.

Jugando a las palabras, la izquierda ha inventado la peligrosísima posverdad, esa forma tan bonita de llamar a la mentira. Si queremos que haya futuro en un mundo en transición es imprescindible desmontar –sin complejos– los mitos y las prácticas manipuladoras de la izquierda.

Por: Román Cendoya

La culminación de la derrota del marxismo se escenificó el 9 de noviembre de 1989, cuando millones de ciudadanos, con sus manos, derribaron el ignominioso muro que dividía Europa entre la libertad y la opresión marxista, entre el desarrollo y el subdesarrollo. Ese día murió la utopía y millones de víctimas certificaron el fracaso de esa ideología totalitaria, alienante para el ser humano y una ruina total como modelo económico. Un fracaso total que no supuso que las personas que lo impulsaban y seguían asumieran su fracaso y renunciaran a sus ansias de poder. Ese día comenzó el inicio de la reinención global de la izquierda. Un vale todo que se vuelca en minar y destrozarse el modelo triunfante de la derecha liberal.

Quienes aspiraban a conquistar el poder viven en una reinención permanente creando un neo marxismo sin Marx. La izquierda no deja de ser ese drama que acompaña a las sociedades cuyo motor es la envidia y la estupidez colectiva. La izquierda es ingeniería social que, sin ideología, inventa aspiraciones –supuestamente colectivas– para conquistar el poder. Para ello, los neo marxistas han sabido crear un movimiento

El género como ideología

Por: Agustín Laje

“La ideología nunca dice yo soy ideológica”. La frase no es mía, sino del marxista francés Louis Althusser. Pero la traigo a colación aquí porque creo que evoca muy bien no solo la función encubridora propia de las ideologías (cuyo autorreconocimiento como ideología dejaría de encubrir), sino porque echa al mismo tiempo luz sobre las representaciones negativas asociadas a la palabra “ideología” que a menudo se mantienen: mistificación, enmascaramiento, intereses particulares y engaño consciente o inconsciente, deliberado o estructural, son algunas de ellas.

La noción más habitual que tenemos sobre la ideología la opone radicalmente a la noción de ciencia que usualmente manejamos. Si en la ciencia los hechos son sagrados y se constituyen en el juez de nuestras conclusiones, en la ideología son nuestras conclusiones previas las que deben moldear los hechos mismos. Dicho en otros términos, en la ideología los he-

chos no son el principio ordenador de nuestro pensamiento, sino que es nuestro pensamiento el principio ordenador de sí mismo.

Afirmar, en este contexto, que la categoría sociológica del “género” se volvió el centro de gravedad de una ideología no puede sino suscitar la ira intelectual y política de aquellos que mantienen intereses de diversa naturaleza alrededor de aquella. Porque aceptar que algo llamado “ideología de género” realmente existe en tanto ideología equivale a decir, en cierta forma y como mínimo, que los intentos de fundar un conocimiento científico han sido abandonados.

En efecto, de concluir que lo que habitualmente se denomina hoy “perspectiva de género” no es otra cosa que una ideología, las preguntas que seguirían a continuación serían de lo más interesantes: ¿qué hacemos entonces con los “departamentos de género”, las “oficinas de género”, las “cátedras de género”, los “talleres de género”, los “seminarios de género”, los “congresos de género”, los “bachilleratos de género”, los “posgrados de género”? ¿qué hacemos con



la inmensa burocracia que —no solo al nivel de la educación, sino al nivel del Estado en cuanto tal y de manera transversal— se ha creado en torno a la llamada “perspectiva de género”?

Los intereses materiales y estructurales son enormes, como vemos. Mantener la ilusión se vuelve una necesidad vital. O dicho en otra forma, negar que la “perspectiva de género” es en verdad una ideología se ha convertido en una condición elemental para mantener esa enorme burocracia en la que miles de personas parasitan actualmente en todos los rincones de Occidente. Por ello, insisto, tanto escándalo en torno a la expresión “ideología de género”: no son simplemente intereses ideológicos en sí mismos los que movilizan su propia negación, sino también materiales.

Ahora bien, determinar el carácter ideológico de la “perspectiva de género” nos obliga a discutir previamente (de manera necesariamente más breve de lo que nos gustaría) el mismo concepto de “ideología”. Y aquí nos encontramos con una polisemia desconcertante: “ideología” es una de las categorías más polisémicas de las ciencias sociales, y ello representa sin dudas una dificultad. No obstante ello, a los fines de esta breve exposición creo que se podría ofrecer una tipología sobre las principales acepciones que caben en la palabra “ideología”, y así tendríamos al menos tres tipos: una acepción que podríamos llamar constructivista; otra que llamaremos epistemológica, y otra politológica.

A continuación, comentaremos cada una de ellas ofreciendo ejemplos, tanto teóricos como empíricos, que nos permitirán ilustrar cada uno de los puntos.

Acepción constructivista

Empecemos por los orígenes. Ideología es una palabra moderna, y suele ubicarse su aparición en la Francia pos-revolucionaria. En efecto, la ilustración francesa llamó por primera vez “ideología” al estudio sistemático de las ideas, sus causas y sus desarrollos. Tal era la

fascinación por las ideas que una ciencia debía ocuparse de ellas. Y Destutt de Tracy fue el primero en reclamar la paternidad de esta nueva ciencia. Pero pronto el objeto —es decir, las ideas— se confundió con el sujeto, e ideología pasó a significar, como hoy, no tanto el estudio sistemático de las ideas, sino conjuntos particulares de ideas en sí mismas.

De Tracy tuvo inicialmente una cordial relación con Napoleón. Pero cuando el idealismo de aquel y sus colegas colmó la paciencia de este, la relación dio un giro. Exasperado por la “ideología”, Napoleón imprimió en ella una valoración peyorativa que luego profundizarían Marx y Engels en *La ideología alemana*. Así, supo arremeter Napoleón: “Todas las desgracias que nuestra bella Francia ha experimentado hay que atribuirles a la ‘ideología’, esa nebulosa metafísica que busca ingeniosamente las primeras causas y pretende fundamentar la legislación de los pueblos en ellas, en lugar de adaptar las leyes a lo que sabemos sobre el corazón humano y las lecciones de la historia. Tales errores sólo pueden llevar, como de hecho han llevado, a un régimen de hombres sanguinarios”⁽¹⁾.

La ideología aparecía ya no como una ciencia de las ideas, sino como un conjunto de ideas abstractas, sin correspondencia efectiva con la realidad del hombre y su historia, que son utilizadas empero como matriz a partir de la cual forzar una nueva manera de existir apoyada en una nueva legislación establecida a esos efectos.

La ideología encarna, de tal suerte, todo un proyecto político. Pero hay algo más. No se trata de política a secas; no vemos simplemente un proyecto vinculado a la adquisición o conservación del poder. Lo que estamos viendo es ciertamente más complejo: el poder proyectando y construyendo un hombre idealmente concebido y una sociedad racionalmente diagramada.

Por eso llamamos a esta acepción de la palabra ideología “constructivista”. Porque señala la particular actitud de

“

Los ideólogos aparecen, pues, conduciendo el destino de la Revolución; son los protagonistas. Y prosigue Tocqueville con una descripción de lo que nosotros llamamos ideología: “por encima de la sociedad real (...)

los ingenieros sociales, esos constructores de sociedades a la medida de un plan trazado de antemano en sus propias mentes.

Aunque no usó de manera directa la palabra ideología, la acepción que estamos describiendo tenía en mente Alexis Tocqueville cuando analizaba la Revolución Francesa y apuntaba a la especial influencia de los “hombres de letras”: “La vida política fue violentamente retrotraída a la literatura, y los escritores, arrogándose la dirección de la opinión pública, se vieron en cierto momento ocupando el lugar de ordinario ocupado por los jefes de partido en los países libres”⁽²⁾.

Los ideólogos aparecen, pues, conduciendo el destino de la Revolución; son los protagonistas. Y prosigue Tocqueville con una descripción de lo que nosotros llamamos ideología: “por encima de la sociedad real (...) se iba así, poco a poco, edificando una sociedad imaginaria, en la que todo parecía simple y coordinado, uniforme, equitativo y conforme a la razón. La imaginación de la muchedumbre fue desertando gradualmente de la primera para trasladarse a la segunda. Se desinteresó de lo que era para pensar en lo que podía ser, y vivió finalmente con

el espíritu en esa ciudad ideal construida por los escritores”⁽³⁾.

La ideología entonces, conforme la acepción “constructivista”, refiere a un conjunto de ideas nacidas por lo general entre los intelectuales, que no procuran tanto aprehender la realidad cuanto construirla a medida de sus propios postulados; no son las ideas las que deben ajustarse a la realidad, sino la realidad la que debe ajustarse a las ideas. Y si la realidad contradice las ideas, pues peor para la realidad, porque habrá de ser reconstruida en nombre de la idea.

Contrastemos lo visto con *la teoría queer* de Beatriz “Paul” Preciado, probablemente la ideóloga de género más reputada del mundo hispanohablante. En su Manifiesto contra-sexual explicita la forma en que la sexualidad expresaría sus diferencias tras el triunfo de la deconstrucción radical del sexo y del género: esa forma sería la no forma. Dicho en otras palabras, si la diferenciación sexual obedece a caprichos culturales y no naturales, tal el núcleo central de la ideología de género, y la función política de la militancia de género estriba en volver inoperantes esos caprichos, al no quedarnos con fondo natural alguno

(pues este ora no existe, ora no es relevante) no nos quedaremos ni siquiera con hombre ni mujeres, sino apenas con “cuerpos hablantes”.

Preciado lo expresa así: “La contrasexualidad apunta a sustituir ese contrato social que denominamos naturaleza, por un contrato contrasexual. En este nuevo contrato, los cuerpos no se reconocen como hombres o mujeres, sino como cuerpos hablantes”⁽⁴⁾.

Una lectura tal de la sexualidad precisa omitir no solo sus componentes naturales y su diferenciación radicalmente binaria, sino también la compleja relación entre ellos y la formación misma de una cultura atravesada por el sexo. Y al quedarnos en las manos solo

con el “género” —es decir, con diferenciaciones culturales desconectadas radicalmente de cualquier diferenciación precultural— nos enfrentamos a un mundo esencialmente injusto y enteramente arbitrario, que debe ser abolido tal como lo conocemos, empezando por sus protagonistas binarios: hombres y mujeres.

Vemos aquí claramente cómo una variable sociológica, que podía haber aprehendido los aspectos culturales de nuestras diferenciaciones sexuales, termina promoviéndose como el principio emancipador que promete traernos un mundo nuevo: una sociedad no ya “sin clases”, sino más bien “sin sexos”.

Acepción epistemológica

Esta acepción nos brinda la noción bastante corriente de “ideología” como deformación de la realidad; como mistificación y engaño. El foco aquí está puesto en el conocimiento, y por ello esta acepción está bastante asociada a la sociología del conocimiento, como en el célebre libro de Karl Manheim, *Ideología y utopía*.

El nacimiento mismo de la ciencia empírica y moderna trajo consigo la necesidad de controlar los factores de



La “perspectiva de género” es ideológica porque omite deliberadamente una dimensión fundamental que explica mucho de nuestra sexualidad: la biológica.

perturbación de nuestro pensamiento. Podemos irnos tan atrás como hasta Francis Bacon, quien llamó “ídolos” a esos factores que de alguna forma ensuciaban el pensamiento en su *Novum Organum*.

La acepción epistemológica está directamente asociada a la obra de Marx, fundamentalmente a *La ideología alemana*. Recordemos que el objeto de esta obra es una crítica furibunda al idealismo alemán, en tanto resultaba ilusorio concebir a las ideas como el motor mismo de la realidad. Postular la historia y el hombre como el mero producto de ideas todopoderosas, era para Marx un engaño que debía ser desmontado.

En el prólogo de la obra, esta acepción resulta bastante clara: “Los hombres se han forjado hasta ahora ideas falsas acerca de sí mismos, acerca de lo que son o lo que deben ser. (...) Los engendros de su cabeza los dominaron. Ellos, los creadores, se doblegaron ante sus criaturas. (...) Rebelémonos contra esa tiranía de las ideas”⁽⁹⁾.

La ideología es entonces una ilusión; conocimiento falso; engaño y autoengaño. Se trata de una inversión de la realidad: como un espejo que nos devuelve una imagen invertida de nosotros mismos⁽⁶⁾. Es el reflejo de una estructura social específica, que se reproduce a partir del engaño. ¿Qué es lo contrario entonces a la ideología según el marxismo clásico? Pues la “ciencia”; en este caso, la “ciencia marxista”, desde luego.

Mantendremos aquí, como noción general, que la ideología constituye un conjunto de aseveraciones y creencias fundamentalmente falsas sobre la realidad (con independencia de los motivos psicológicos o sociológicos de esa falsedad). Y en estos términos, es posible divisar una serie de conocimientos efectivamente falseados por ciencias empíricas avanzadas que hoy constituyen, no obstante, el núcleo de la llamada “perspectiva de género”.

Por empezar, la célebre tesis del “no se nace mujer, llega una a serlo” de Simone de Beauvoir⁽⁷⁾, radicalizada por aquello de que el sexo “siempre fue género”⁽⁸⁾ de Judith Butler y su teoría de la performatividad, queda rápidamente descartada tras conocer de qué manera nuestra sexualidad preexiste en un sentido significativo a nuestro contacto social; la sexualidad, pues, no resulta una mera “construcción social” capaz de ser “deconstruida”, sino que mantiene determinantes naturales que van más allá de las arbitrariedades culturales⁽⁹⁾.

La “perspectiva de género” es ideológica porque omite deliberadamente una dimensión fundamental que explica mucho de nuestra sexualidad: la biológica. ¿En qué medida cerebros configurados de manera diferente por diferencias sexuales explican conductas de hecho diferentes? ¿En qué medida las hormonas y sus ciclos impactan sobre rasgos específicos que atribuimos a los sexos? ¿Muchas de nuestras diferencias no podrían resultar, asimismo, de un alto grado de diferencias genéticas que redundan de las diferencias sexuales binarias?

La “perspectiva de género” reduce la realidad a un monismo culturalista que no puede afrontar seriamente estas preguntas.

Acepción politológica

La acepción politológica pone el foco de lo que entiende por ideología no tanto en el contenido cognitivo y su veracidad o error, sino en la función política que cumple en tanto que conjunto de ideas que orientan la acción política de grupos sociales.

Dentro de la tradición marxista, podemos contemplar aquí el pensamiento de Antonio Gramsci, en cuya obra es el concepto de hegemonía, más que el de ideología, el centro de gravedad. No obstante, puede decirse que la ideología es un elemento de la lucha hegemónica, siendo esta una lucha por el dominio cultural. Por ello, para Gramsci, las ideologías “organizan” a las masas humanas y forman el terreno en que los hombres “se mueven, adquieren conciencia de su posición, luchan”⁽¹⁰⁾.

El filósofo político Martin Seliger ha propuesto una definición de ideología que se corresponde muy bien a la acepción en cuestión, y que resulta especialmente clara. Una ideología, para él, es un “conjunto de ideas por las que los hombres proponen, explican y justifican fines y significados de una acción social organizada y específicamente de una acción política, al margen de si tal acción se propone preservar, enmendar, desplazar o constituir un orden social dado”.

Es evidente, pues, que la llamada “perspectiva de género” está en la base misma de la militancia política del género; esto es, en la militancia del feminismo supremacista contemporáneo y los lobbies LGBTTTQI+. Lo que ese conjunto de ideas ofrece a esta militancia es esa serie de fines, medios y significados que articulan su práctica política como tal. El poder de estas ideas, en efecto, sirve más a la movilización política que al conocimiento riguroso y mesurado de la realidad.

Pero dentro de las acepciones politológicas no debe dejar de mencionarse también la definición de Ernesto Laclau, para quien una “representación ideológica consiste en hacer un cierto contenido equivalente a un conjunto de otros contenidos”⁽¹¹⁾. La ideología sería el producto de una operación discursiva que solidifica una cadena equivalencial.

A este respecto también se pueden ofrecer ejemplos significativos. *Eros y civilización*, de Herbert Marcuse, o *La revolución sexual*, de Wilhelm Reich, obras tempranas de esta ideología, ya se esforzaban por volver equivalentes los contenidos de una revolución socialista y los de una revolución sexual que desublimara radicalmente al hombre, convirtiéndolo en el “hombre nuevo” que el socialismo venía reclamando.

También podemos pensar en aquello de que “los trabajadores del año son los proletarios de una posible revolución contrasexual”⁽¹²⁾ de Beatriz Preciado, o bien en su definición del antagonismo fundamental de la lucha del género en la distinción entre “los que eyaculan” como opresores de “los que reciben la eyaculación”, desarrollada en su *Testo Yonqui*. O antes que ella, la idea de Monique Wittig según la cual la liberación de la mujer “solo puede lograrse por medio de la destrucción de la heterosexualidad como un sistema social basado en la opresión de las mujeres por los hombres”⁽¹³⁾,

volviendo así equivalente la lucha feminista con la lucha LGBT, objetivo que se asumiría en la Conferencia Mundial de la Mujer de Beijing, organizada por la ONU en 1995.

Breve conclusión

Tómese la acepción de ideología que más guste, o tómense las tres al mismo tiempo, la llamada “perspectiva de género” es una perspectiva ideológica. La necesaria brevedad de este artículo ha limitado la cantidad de ejemplos, pero sirvan los ofrecidos al menos como botón de muestra.

“

Tómese la acepción de ideología que más guste, o tómense las tres al mismo tiempo, la llamada “perspectiva de género” es una perspectiva ideológica.

Aquellos que viven, política o económicamente, de la llamada “perspectiva de género” se ven amenazados frente a su desvelamiento. Al asumir su condición ideológica, lo que hoy es una virtual obligación devendría en mera creencia personal; lo que hoy se constituye en el paradigma indiscutido transversal a nuestros estados, perdería la (poca) legitimidad de la que goza; lo que hoy es una enorme fuente de ingresos y empleos públicos, debería retraerse al ámbito privado.

En una palabra, “la ideología nunca dice yo soy ideológica”, como decía Althusser. Y la ideología de género no será la excepción.

- 1 Citado en Hayek, Friedrich. *La contrarrevolución de la ciencia*. Madrid, Unión Editorial, 2014, p. 183.
- 2 Tocqueville, Alexis. *El antiguo régimen y la revolución*. Madrid, Istmo, 2004, p. 195.
- 3 Tocqueville, Alexis. *El antiguo régimen y la revolución*. Cit., p. 198.
- 4 Preciado, Beatriz. *Manifiesto contra-sexual*. Madrid, Opera Prima, 2002.
- 5 Marx, Karl; Engels, Friedrich. *La ideología alemana*. España, Ediciones Pueblos Unidos, S/F, Prólogo.
- 6 En *El Capital* encontraremos una versión ligeramente distinta, donde la inversión de la realidad es el producto de un sistema esencialmente invertido.
- 7 Ver De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Bs. Aires, Debolsillo, 2015.
- 8 Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós, 2007, p. 55.
- 9 Por poner simplemente un ejemplo del nivel genético, investigadores del Instituto Weizmann de Ciencias, de Israel, mapearon 20,000 genes humanos, de los cuales 6.500 se expresan de manera distinta en hombres y mujeres, es decir, más de un tercio de ellos.
- 10 Cuadernos, 3, p. 159.
- 11 Laclau, Ernesto. *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 29.
- 12 Preciado, Beatriz. *Manifiesto contra-sexual*. Cit., p. 26.
- 13 Wittig, Monique. “No se nace mujer”, en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid, Egales, 2010, p. 43.



Consideraciones acerca del “marxismo cultural”

EL MOVIMIENTO SUFRAGISTA Y LA LUCHA POR DERECHOS CIVILES PARA TODOS, CONCORDABAN CON LOS ESFUERZOS GENERALES PARA CONSTRUIR UNA SOCIEDAD LIBRE E IGUALITARIA. NO SUCEDÉ CON EL FEMINISMO RADICAL, QUE PERSIGUE LO CONTRARIO A LA IGUALDAD: POLÍTICAS DISCRIMINADORAS, AUNQUE A FAVOR DE SU GÉNERO.

Por: Ángel Delgado Silva

Con esta expresión usualmente se alude a una determinada praxis política contemporánea. Una que se sustenta en identidades de grupos minoritarios, cuyas demandas de reconocimiento, al exacerbarse, cuestionan fundamentos claves del orden social. Asimismo, terminan debilitando al propio régimen democrático.

No pretendemos indagar acerca de la consistencia o idoneidad del concepto. Simplemente enumerar y describir al-

gunos elementos relevantes. Queremos contribuir a la claridad y mejor entendimiento de aquel fenómeno político, solamente. Dada la sorpresa y preocupación que provoca.

Entrado ya el siglo XXI, se advierte un cambio significativo en la forma de hacer política. Se bate en retirada aquella política de reivindicaciones económicas, cuya génesis fue la contradicción

capital-trabajo. El final de una época, ya en su versión radical (la república soviética), ya en la democrática (el estado de bienestar). En ambos casos el eje de la disputa política fue esencialmente el mismo.

Asoma ahora, con nitidez incontestable, un paradigma político que renuncia a su fondo economicista y de clase. En su lugar, identidades rivales en colisión buscan imponer costumbres, creencias y estilo de vida, para capturar la cultura y transformarla. Ya no son las relacio-

nes de producción ni el intercambio mercantil los escenarios de lucha. Tampoco maximizar ganancias o eliminar la plusvalía, los objetivos. La nueva lid será en la esfera cultural y su propósito: conquistar la hegemonía intelectual y moral, como quería el italiano Antonio Gramsci.

II

En verdad la cuestión de las identidades es cosa antigua. Ya Platón, en *La República*, menciona a esa tercera parte del alma, el thymós, distinta a los deseos y la razón. La llama thymós y es la pulsión que nos indigna ante la injusticia o avergüenza cuando faltamos al deber. Frente a terceros exige respeto, valoración y reconocimiento. Y constituye el sustrato de las modernas políticas identitarias.

Por otro lado, recordemos que muy temprano las religiones crearon identidades vastas, enlazando pueblos diversos. Posteriormente, con la modernidad, el nacionalismo fue el sustrato social e ideológico de los actuales estados. Ambas identidades construyeron historia, pero también desataron conflictos brutales, muerte y desolación por doquier, como las guerras de religión del siglo XVII y la Gran Guerra de 1914.

III

La proliferación exponencial de identidades en la actualidad responde, entre otras cosas, a las nuevas tecnologías de la información. Las redes sociales al comunicar asocian intereses que rápidamente se identifican y reconocen entre sí, superando las distancias y los particularismos nativos.

Pero no olvidemos la preexistencia de tendencias tribales atávicas, las cuales moran en los genes de los individuos desde tiempos inmemoriales. Esta vocación ancestral es el resorte que impele y atrae a juntarse y a la identificación mutua. Y, en esa medida, confiere el soporte imprescindible a las modernas identidades.

IV

Tras la destrucción del Ancien Régime, debida a las revoluciones burguesas de los siglos XVIII y XIX, la libertad rompió su encasillamiento estamental y se universalizó. Y, por cierto, los portadores de la nueva libertad solo podían ser individuos iguales en derechos. Tal contexto social permitió el reconocimiento de aquellos grupos identitarios que se sentían marginados y vejados en sus aspiraciones.

Sin embargo, como es sabido, una sociedad libre no siempre garantiza que las libertades y derechos iguales, se verifiquen de inmediato y para todos. Habrá casi inexorablemente una distancia entre las bellas postulaciones jurídicas



En cambio, el “marxismo cultural” apuesta por exacerbar las diferencias y reclamos de los grupos identitarios, para quebrar el orden democrático desde adentro. No pretende la unidad trascendental, sino fracturar la comunidad al deshacerla en infinitos particularismos, con posturas antagónicas hacia los demás, imposibilitando la vida en común.

y la crudeza de los hechos. Confiamos que dicha distancia mengüe por el avance de la civilización, las políticas educativas y la penalización de las conductas perniciosas.

V

Este hiato entre lo real y las declaraciones, el ser frente al deber ser, otorga verosimilitud y vigencia a las políticas identitarias del siglo XXI. También su inédita agresividad. En efecto, los movimientos precursores pugnaban por la igualdad de derechos. Los nuevos, en cambio, exigen tratamientos diferenciados para imponer su identidad, sin que importe menoscabar la identidad de otros. Unos encajaron con los esfuerzos por democratizar la sociedad y el Estado; los otros –una vez alcanzado el régimen de libertades para todos– pretenden subvertir dicho orden, pues solo así fortalecerían sus propias identidades.

Veamos. El movimiento sufragista y la lucha por derechos civiles para todos, concordaban con los esfuerzos generales por construir una sociedad libre e igualitaria. No sucede con el feminismo radical, que persigue lo contrario a la igualdad: políticas discriminadoras, aunque a favor de su género. Creen ilusoria la búsqueda de una identidad común hombre-mujer, ya que el género femenino tendría per se una identidad singular y excluyente. Únicamente puede representarse por separado y en oposición al varón. Si no, el destruir la “sociedad machista y patriarcal”, reclamado por las más extremistas.

VI

Reparemos que la igualdad, virtud soberana según Ronald Dworkin, viene siendo desplazada por la diferencia. Sabemos que postular una igualdad absoluta es utopía, además del peligro que entraña para la libertad. Pero quienes esgrimen las diferencias en las políticas contemporáneas, no tienen escrúpulos en absolutizarlas y convertirlas en arietes punzantes contra la sociedad libre.

En efecto, los movimientos precursores pugnaban por la igualdad de derechos. Los nuevos, en cambio, exigen tratamientos diferenciados para imponer su identidad, sin que importe menoscabar la identidad de otros.

Entonces no se trata de reducir las identidades ni desconocer sus reclamos de reconocimiento y respeto, como afirma la grito estridente de su propaganda. Claro que no. La tradición liberal que adviene con la Ilustración y las revoluciones burguesas, forja la atmósfera propicia y fértil para las demandas de igualdad y tratos diferenciados, a la vez. Lejos de la aporía, la razón práctica, como diría Emmanuel Kant, asimila y articula las exigencias particulares en un horizonte universal, donde la humanidad entera puede convivir pacíficamente, en pie de igualdad y respetándose mutuamente, a pesar de las diferencias.

VII

La idea de “marxismo cultural”, independiente de su consistencia semántica o rigor conceptual, recoge los temores de Karl Popper descritos en *La sociedad abierta y sus enemigos*, ante el incierto desenlace de la Segunda

Guerra Mundial. Por eso, se lo percibe como amenaza, como fue en su tiempo el marxismo clásico. El mismo que supo convertir las protestas laborales contra el capitalismo en el huracán para que “cambiemos al mundo de fase, hundiéndolo al imperio burgués”, al compás de La Internacional. Con razón Lenin decía que aceptar la “lucha de clases” no era marxista. Era menester profesar en ella hasta la instalación de la “dictadura del proletariado”.

Pero existe una diferencia importante. El marxismo clásico, al igual que el liberalismo, se pensaba con categorías universales. Siempre anheló forjar un “hombre nuevo en un mundo nuevo”. Era la clase obrera el nuevo sujeto universal, evolucionando de “clase en sí” a “clase para sí”, la portadora de los intereses y valores de toda la humanidad. Tomar el poder político fue la condición para alcanzar una “sociedad sin clases y libre de explotación”. Este credo se alzó como la fuerza intelectual que movilizó el imaginario de millones, por todo el mundo, a pesar de su contenido utópico.

En cambio, el “marxismo cultural” apuesta por exacerbar las diferencias y reclamos de los grupos identitarios, para quebrar el orden democrático desde adentro. No pretende la unidad trascendental, sino fracturar la comunidad al deshacerla en infinitos particularismos, con posturas antagónicas hacia los demás, imposibilitando la vida en común. En otras palabras, en lugar del futuro comunista, nos proponen regresar al “estado de naturaleza”.



Memoria, violencia y transición

MARTÍN SANTIVÁÑEZ DISECA LAS ESTRATEGIAS DEL NEOMARXISMO Y DEL JACOBINISMO LIBERAL ALREDEDOR DE LA LLAMADA "MEMORIA HISTÓRICA". COLOCANDO LA LUPA SOBRE LAS REALIDADES DE ESPAÑA Y PERÚ, SEÑALA QUE LA MEMORIA HISTÓRICA GENERALMENTE LA ESCRIBEN LOS VENCIDOS COMO UNA MANERA DE SEGUIR ATIZANDO LAS POLARIZACIONES QUE DESENCADENARON EL CONFLICTO.

Por: Martín Santiváñez Vivanco
Es doctor en Derecho por la Universidad de Navarra (España) y decano de la Facultad de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad San Ignacio de Loyola.

Que la historia la escriben los vencedores, al menos la historia inmediata, es un principio básico de la estructura del poder. Sin embargo, y esto es radicalmente importante, la memoria histórica la intentan editar los perdedores. Así ha sucedido en diversos procesos políticos, en los que la ficción ha terminado por imponerse a los hechos históricos. De esta forma, fermentando una mitología ideológica selectiva, se impone la argumentación sobre la realidad objetiva, en detrimento de la narración serena sobre hechos comprobados. Distingamos entonces entre historia (al margen de vencedores y vencidos) y me-

moria histórica (subproducto ideológico de un movimiento vencido). Esta distinción es fundamental para comprender lo que sucede en la configuración del orden mundial y nacional. El Perú no es ajeno a la tendencia global que aspira a reescribir la historia en función al voluntarismo ideológico. En sentido estricto, el Estado peruano ha sido objeto de esta impronta incluso desde su fundación.

En efecto, la construcción de la memoria histórica forma parte del proyecto cohesionador de toda ideología. Y la ideología fundacional del Estado peruano, en tanto Estado moderno, es el liberalismo. También el liberalismo clásico decidió crear su propia mitología amparándose en el prurito de que la historia es una premisa esencial para la configuración del concepto de soberanía. ¿Cómo puede construirse un poder exclusivo y excluyente propio de una comunidad si esta comunidad no se erige a su vez sobre un pasado común elaborado a partir de un sistema educativo estatal?

Sin soberanía no hay comunidad. Sin comunidad nacional no hay Estado liberal. Y sin pasado común, elaborado en los laboratorios educativos del Estado-nación, es imposible la construcción de una sociedad soberana. De allí la importancia de crear, a través del aparato estatal, una política educativa capaz de desarrollar una memoria histórica demoliberal y nacionalista que sirva de argamasa al Leviatán estatal. El liberalismo necesita crear su propia memoria histórica para afianzar al Estado, y de allí parte toda política educativa moderna y posmoderna.

El liberalismo no agota la pretensión de la memoria. El marxismo y sus numerosos epifenómenos han intentado reescribir la historia en función a los mismos objetivos estratégicos. Tras la caída del Muro de Berlín, el marxismo recorrió el sendero señalado por Gramsci, penetrando el Estado ya no para destruirlo, sino más bien para liderarlo y utilizarlo. La comunión de intereses (instrumentalizar el Estado como vehículo para el ejercicio

del poder) ha originado un pacto político entre liberales y neomarxistas. Así, el pacto socialdemócrata de marxistas y liberales posmodernos aspira a reinterpretar el origen y el alcance de la violencia política en el Perú. Para el marxismo militante, la construcción de la nueva memoria histórica gira en torno a la supuesta legitimidad de la violencia subversiva y la ilegitimidad de la respuesta del Estado burgués. Y para los liberales posmodernos (distintos de los liberales clásicos), la violencia de Sendero Luminoso tuvo una respuesta estatal exagerada que amerita la reescritura de la historia.

El tratamiento de la violencia en la memoria configura la identidad política de la nueva izquierda peruana. El corpus ideológico de esta nueva izquierda es, en esencia, marxista. Pero la interpretación de la realidad de la violencia (basada en una antropología rousseauiana) permite la unidad estratégica con el liberalismo posmoderno. La violencia fue, en tal sentido, el producto de un Estado burgués y reaccionario que no supo ni quiso comprender las raíces de una “justa insurrección”. Legitimar ideológicamente al movimiento senderista forma parte de su revisión histórica. El neomarxismo contemporiza con el terror.

Como es obvio, este análisis solo es comprensible desde el prisma ideológico. La violencia política de Sendero Luminoso fue, desde su origen, un terrorismo de manual. El terrorismo senderista transformó la realidad nacional y la historia del Perú del siglo XX. Ahora bien, nada —absolutamente nada— legitima la violencia terrorista. Ni la ficción del buen salvaje atacado por un Estado leviatánico, ni la secular desigualdad clasista y mucho menos la intención de construir una sociedad ácrata empleando la metodología maoísta son motivos que avalan moralmente el holocausto senderista. Abimael Guzmán es un monstruo y su pensamiento, como todo marxismo, conduce inexorablemente al terror.

A la distorsión ideológica del pacto social demócrata y su memoria histórica construida artificialmente (“vivimos una guerra civil originada por múltiples condiciones de explotación estatal y de

“

El tratamiento de la violencia en la memoria configura la identidad política de la nueva izquierda peruana. El corpus ideológico de esta nueva izquierda es, en esencia, marxista.

clase”) hemos de oponer la verdadera historia: el Perú casi desaparece bajo los escombros del terror rojo. Nada legitima el asesinato por motivos políticos. Y el terrorismo no es guerra civil ni conflicto armado interno. Se trata, esencialmente, del método revolucionario por excelencia. El método sangriento que por fuerza aplica todo jacobinismo terrorista destruye las instituciones, persigue a la oposición y aspira a crear un nuevo orden (*novus ordo seclorum*) en el que desaparezca toda sombra de oposición.

Es fácil identificar un proyecto totalitario porque el terrorismo es su estigma, su santo y seña. Allí donde el terrorismo asoma con violencia, la ideología totalitaria campea por doquier. La entraña totalitaria del marxismo es hartamente conocida. El Gulag y el Muro de Berlín son sus postales recurrentes. Pero la del liberalismo posmoderno es más sutil. En tanto matrix de pensamiento y sensualidad, el totalitarismo liberal posmoderno se expresa renovando los votos de la vieja serpiente: el placer, el hedonismo, el epicureísmo tecnocrático y la levedad moral.

Las transiciones que se fundan sobre la memoria histórica ideologizada están condenadas al fracaso y la implosión. Pensemos, por ejemplo, en los Pactos de la Moncloa, plagados por doquier de ficciones político-jurídicas. El

postfranquismo desmontó la historia para crear una narrativa sesgada, condenando a los vencedores de la Guerra Civil española al oprobio político. El bando perdedor era puro, virginal, casto, impoluto. La inmensa cantidad de recursos públicos que utilizó el socialismo, en el poder, para transformar lo que se enseñaba en las escuelas sobre la Guerra Civil, el dinero dirigido a la política cultural (cine, teatro, arte en general) y los subsidios a la prensa (el grupo PRISA) lograron crear generaciones enteras de españoles convencidos de una sola versión de la historia.

Como es natural, tarde o temprano la propia ideología, que exagera la persecución política en su afán de obtener más poder, decae hasta el punto de ser contrastada y rebatida. El surgimiento de una nueva derecha y la revisión de la memoria histórica (en España se multiplican las voces que piden la derogación de la Ley de Memoria Histórica) forman parte de la ola de rechazo global al proyecto neomarxista de construcción de una historia a la medida de sus objetivos políticos. Ciertamente, el enfrentamiento contra el orden ideologizado del neomarxismo se expande por todo el planeta. La ideología ha respondido etiquetando a las voces disidentes (Trump, Orbán, Bolsonaro, etc.) con el rótulo de “populistas”.

Con todo, el pactismo ideológico que pone el acento en la protección de las diferencias, provocando su lento pero seguro crecimiento, ha sido el principal causante de la reacción “populista”. El pactismo, según el modelo socialdemócrata, conduce inexorablemente a la división porque privilegia aquello que desune frente a lo que unifica. Solo es posible establecer un pacto realista sobre aquello que sintetiza a la nación. De esta forma, el pacto consolida la nación, no la desintegra. La unidad en torno a lo posible tiene que ser

El pactismo ideológico que pone el acento en la protección de las diferencias, provocando su lento pero seguro crecimiento, ha sido el principal causante de la reacción “populista”.

el leitmotiv de todo proyecto político que aspire a permanecer en el tiempo. Y para eso, a las ideologías por fuerza desintegradoras, hemos de oponer una política de unidad, un gran consenso nacional que intensifique lo que nos une y combata todo lo que nos separa.

La memoria histórica que pretende anclarnos en un pasado en el que se demoniza todo lo que no sea marxista tiene que ser superada por la verdadera historia, la de los hechos objetivos, base para construir un proyecto nacional que aspire a unificar aquello que el sectarismo y la violencia pretenden mantener separado. En el fondo, el retorno de una nueva tiranía se materializa en la construcción de un Leviatán estatal que no admite disidencias. En tal sentido, el neomarxismo ya no aspira a liquidar al Estado, lo convierte en su operador.

La destrucción de la Constitución de 1993 sería el primer paso para reescribir una historia en la que quienes vencieron al terrorismo son los criminales de una guerra civil. Y los problemas del sistema, para aquellos que no conocieron la realidad del marxismo, podrían ser resueltos con un nuevo capítulo económico, diseñado bajo el signo de la estatolatría, el burocratismo y el odio al capital. Para toda una generación que no recuerda ni a Sendero Luminoso ni al Muro de Berlín, tal discurso sería como el canto de la sirena.

De los polvos contemporizadores vienen los lodos del radicalismo falaz. Siendo así, no conviene que el Perú repita los errores del pactismo socialdemócrata que tanta división trajo años después de sus respectivas transiciones. España es un buen ejemplo. Callar para pactar, sin fortalecer la unidad, equivale a posponer los problemas de fondo. Sucumbir a la memoria histórica y transformar la naturaleza del terror implica negar la historia y matar por segunda vez a los héroes que nos legaron esta democracia. Es imperfecta, sí, y también precaria. Pero es la democracia que todos los republicanos hemos de preservar por el bien de nuestros hijos, las mujeres y los hombres del Bicentenario nacional.

El enésimo retorno del marxismo latinoamericano



CARLOS ADRIANZÉN DESCRIBE EL PROLONGADO SUEÑO EN EL QUE PARECE HABERSE SUMERGIDO AMÉRICA LATINA CON RESPECTO AL DESARROLLO, FRENTE OTRAS REGIONES DEL PLANETA QUE CRECEN A TASAS SUPERIORES. EL AUTOR SEÑALA QUE LA CAUSA DEL ESTANCAMIENTO EN ECONOMÍA E INDICADORES SOCIALES TIENE QUE VER CON LA INFLUENCIA DE LAS RECETAS MARXISTAS Y COLECTIVISTAS EN LAS ÉLITES LATINOAMERICANAS. LAS CIFRAS QUE PRESENTA PARECEN CONFIRMAR LA TESIS.

Por: Carlos M. Adrianzén Cabrera
Es Doctor en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad Politécnica de Cataluña y tiene un Magíster en Economía por la Universidad de Boston y Magíster en Administración por la Universidad de Quebec. Actualmente es Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.

Hoy Latinoamérica enfrenta la posibilidad del regreso de recetas económicas fracasadas. El Fondo Monetario Internacional (FMI), abandonando su conocida diplomacia, señala que Latinoamérica retrocede y puede ser definida como la región de las oportunidades perdidas (ver *Recovery in Latin America and the Caribbean Has Lost Momentum* -2018). La causa del retroceso latinoamericano: el marxismo vuelve a ser, una vez más, predominante entre sus élites.

<https://www.imf.org/en/News/Articles/2018/10/17/NA101718-Recovery-in-Latin-America-and-the-Caribbean-Has-Lost-Momentum>

Sobre el marxismo se han escrito rumas de papeles, pero de toda esta vaguedad merece resaltarse la discrecionalidad del Estado, la falta de respeto y la arbitrariedad frente a la propiedad privada y la libertad económica. Algo así como una extensión ocurrente de Proudhon y otros socialistas. Como cualquier régimen liberal de izquierda la característica dominante es el control burocrático... perdón, la propiedad pública de los medios de producción, distribución e intercambio. Es decir, un régimen donde el Estado controla todos los recursos y medios de producción, dizque para garantizar la igualdad.

Es extremadamente complicado seguir explicando una teoría económica que no aporta casi nada a los estudios de economía. A pesar de ello, recordaré que la visión política marxista implica asumir el criterio de que, bajo el capitalismo, la clase obrera solo posee su capacidad de trabajo, la posibilidad de vender su trabajo. Según la teoría marxista, el obrero está enajenado porque no tiene control sobre la mano de obra o el producto que produce.



Así nace ese poco estudiado factor clave del subdesarrollo latinoamericano: la fusión del marxismo con el mercantilismo. Un fenómeno que se podría definir como el socialismo-mercantilista-latinoamericano.

Para los creyentes y activistas socialistas, el marxismo sería algo así como un método de autoemancipación, porque las relaciones sociales libres son denunciadas con la etiqueta de la “dominación capital-trabajo”. Tal como nos hizo notar ácidamente Milton Friedman las recetas marxistas tienen un historial de fracaso económico tan evidente y global que solo un intelectual acomodado, sin pasión para desvelar la realidad, podría ignorar. Esta situación es evidente en América Latina. Sin embargo el intelectual o político calificado como marxista es rechazado y aislado. Por este motivo, para no ser repudiados, se autodenominan bolivarianos, ambientalistas, progresistas, justicialistas, liberales y hasta lo que resulta algo patético: libertarios. De otro lado, no se debe subestimar su capacidad para desarrollar estrategias para la toma del poder. Tienen viabilidad porque es fácil exacerbar el pesar por el bien ajeno. Vender salidas mágicas vía controles o subsidios masivos al estilo Chávez o Morales.

Pero regresemos al lado económico del problema. Un sistema marxista está condenado al fracaso económico. Puede aparentar cierta viabilidad en sociedades que han alcanzado el desarrollo, pero no existe un solo caso de una emergente que salió de la pobreza aplicando un ideario marxista. De hecho, resulta imposible que los burócratas realicen un cálculo económico óptimo. Cuando la burocracia no respeta los derechos de propiedad y libertades de la gente, el desastre económico es inminente. Cuando los funcionarios estatales tienen que planificar qué y cómo se produce aparece el atraso, la pobreza y la explotación socialista. Pero esto no es lo peor. Lo peor del marxismo implica su sesgo totalitario desde la burocracia. Y parafraseando al brillante economista norteamericano Thomas Sowell, tanto los derechos de libertad de expresión como los de propiedad pertenecen legalmente a las personas... pero su función real es social: benefician a un gran número de ciudadanos que no ejercen estos derechos.

En América Latina, debajo del Río Grande, las corrientes marxistas y estatistas tienen un aliado: la educación pública que inculca la idea de que somos ricos. Se desarrollan relatos acerca de que los poderosos capitalistas nos roban nuestra riqueza. Y solo un “gobierno justiciero”, de corte marxista y totalitario –léase un dictador o algo muy parecido– podría corregirlo todo. ¿Como? Expropiando propiedades y asignando impuestos y subsidios bajo criterios socialistas. Sin embargo en la realidad somos pobres y el control y el dirigismo solamente distribuye pobreza.

En este tipo de regímenes –como en el velascato peruano, por ejemplo– se procede gradualmente con la cancelación de las libertades y, en este ambiente, el marxismo latinoamericano

no contrae nupcias con el mercantilismo. La popular y conocida alianza entre mercaderes y burócratas. Así nace ese poco estudiado factor clave del subdesarrollo latinoamericano: la fusión del marxismo con el mercantilismo. Un fenómeno que se podría definir como el socialismo-mercantilista-latinoamericano (en adelante SML). Algunos lo bautizan como populismo. Pero aquí también abundan las definiciones superpuestas. Por ello cuando hablemos de populismo en Latinoamérica es útil referirse a la definición de Edwards y Dornbusch (1989).

Para los señalados autores, el populismo latinoamericano –enfocado macroeconómicamente– busca la popularidad vía el crecimiento y la redistribución, pero ignorando los riesgos inflacionarios, las restricciones fiscales y externas, y la reacción de los agentes económicos ante políticas controlistas. De esta manera, muchos gobiernos etiquetados como de derecha populista por marxistas locales –algunos conscientes, otros inconscientes de su sesgo ideológico– en realidad configuran gobiernos mucho más cercanos al marxismo. Es sabido que luego de la fiesta estas administraciones terminan en bancarrota electoral.

De allí que la mayoría de gobiernos latinoamericanos etiquetados de izquierda, centro o derecha, en los hechos, desprecian la libertad política y económica y relativizan los derechos de propiedad. Se diferencian por retórica e intensidad con que aplican las recetas marxistas-mercantilistas. Castro en Cuba, Velasco en el Perú y Chávez en Venezuela, inicialmente, no se declararon capitalista ni comunistas. Todos desarrollaron procesos económicos con marcadas similitudes.

De hecho, hoy resulta difícil entender el declive de Latinoamérica sin la predominancia de esta teoría económica.

ca. A partir de la segunda mitad del siglo pasado, en la mayor parte de los gobiernos de la región, se consolida gradualmente la influencia del marxismo o el SML. Pero este proceso todavía no nos ha llevado hacia estándares subsaharianos. En la mayor parte de las sociedades latinoamericanas todavía hay reacciones constructivas. El electorado ha reaccionado frente a las fórmulas estatistas. En el Perú, por ejemplo, la Constitución Política de 1979 fue reemplazada por la Constitución Política 1993, de corte desregulador.

Pero nuestros marxistas latinoamericanos van por más. En el caso de naciones como Venezuela o antes en Bolivia –y dejando atrás el estilo guerrillero de la revolución cubana– ha existido un aprendizaje. Ahora consideran que la base de la consolidación de un régimen marxista o SML requiere alterar drásticamente el orden legal desde dentro del propio sistema constitucional.

Los resultados institucionales, económicos y sociales son catastróficos para la región. Los venezolanos, por ejemplo, pasaron de tener el 71% del producto por habitante de un estadounidense a la crisis humanitaria de hoy.

Sí, a pesar de marchas y contramarchas en la últimas seis décadas, esta vez el marxismo latinoamericano ha avanzado mucho más de lo que usualmente se acepta. A pesar de sus permanentes fracasos electorales, sus avances se reflejan en la contracción de las inversiones y el comercio, la gradual destrucción de las libertades políticas, y la infiltración ideológica en sus reglas y en sus burocracias.

El avance de las corrientes marxistas se produce en medio del alineamiento fiscal de los medios de comunicación y el avance de ejércitos de ONG, con millonarios financiamientos. El avance se produce en nombre de los géneros, la multiculturalidad, el cuidado del medio ambiente, los criterios de nutrición saludable, etc.

Las cifras y las variables del “vamos por más”

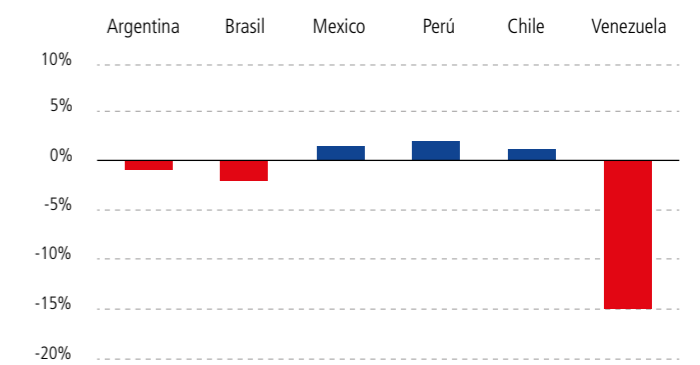
A continuación, nos interesa exponer a la discusión las cifras del último retorno del marxismo Latinoamericano. Para ello analizaremos el caso de seis economías emblemáticas de América Latina desde 1995. Es importante destacar que desde 1960 a la fecha estas seis economías no solamente explican cuatro quintos del PBI regional, sino que Argentina, Brasil, Chile, México, Perú y Venezuela representan verdaderos laboratorios de la realidad latinoamericana. Por un lado, Venezuela y Argentina son dos casos paradigmáticos globales de retroceso económico reciente. De otro lado, Brasil y México son ejemplos de estancamiento o de las potencias económicas que nunca llegaron a serlo. Y finalmente, Chile y Perú, representan los más cercanos ejemplos de milagro económico que ha registrado la región en las últimas siete décadas.

Bajo esta perspectiva analizaremos seis hechos interconectados para responder a la siguiente pregunta: ¿Cuál ha sido el impacto –en progreso– de este último regreso del marxismo en versión SML? En el primer gráfico de la secuencia (la figura Uno) se describe el ritmo de crecimiento real –promedio anual por habitante– de los seis países en el periodo 2015-2018.

Es evidente que estamos ante un cuadro deprimente para una región que participa a grosso modo del 7% del producto global en la última década: Argentina y Brasil en persistente recesión; Chile, Perú y México con estancamiento recurrente; y –basados en las estimaciones disponibles– un colapso económico sin precedentes en la Venezuela de Chávez y Maduro. Nótese, que las cifras presentan una región en la que virtualmente la mayoría de ciudadanos cree que es muy rica. Vale la pena recordar aquí que –estrictamente hablando– el país más rico y con mayor cercanía al desarrollo económico es Chile, con apenas el 28% del producto por persona de un estadounidense en el último quinquenio.

¿UNA REGIÓN CREÍDA Y CONGELADA? Figura 1

2015-2018: Tasa de crecimiento real del PBI por habitante en una muestra de naciones latinoamericanas (US\$ 2010)



Fuente: World Development Indicators, Banco Mundial; Transparencia Internacional y Heritage Foundation.

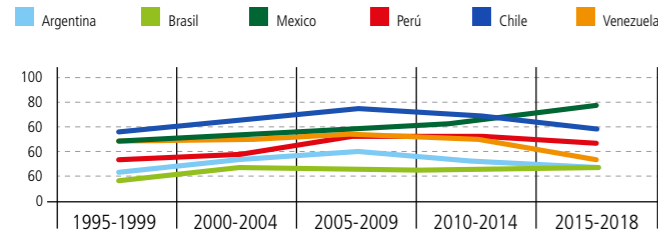
Elaboración Propia: Venezuela 2005 proyecciones.

Tratándose de un promedio de cuatro años consecutivos y dado el panorama global prevaleciente, no se anticipan milagros. Hablamos de una Latinoamérica en donde se deterioran las instituciones por las convocatorias a referendums y reformas que restringen las libertades.

Sobre esta realidad deben destacarse tres observaciones. A pesar de la característica vulnerabilidad externa de nuestras economías, vale la pena destacar que hablamos de países que por su institucionalidad son mucho más cerradas al comercio exterior que otras altamente conectadas con el exterior (ver Figura Dos).

“CASI” CERRADOS Figura 2

1995-2018: tasa promedio quinquenal de apertura comercial de seis destacadas plazas latinoamericanas

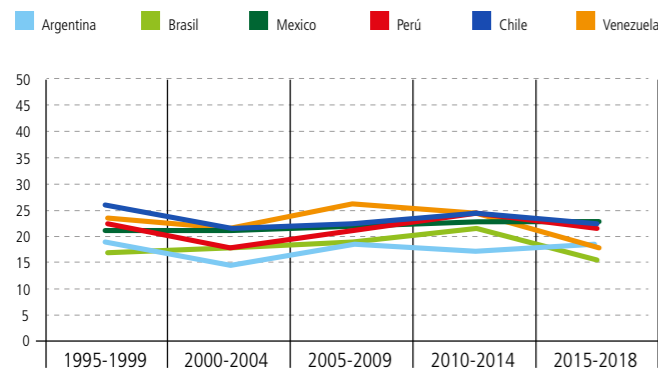


Fuente: World Development Indicators, Banco Mundial; Transparencia Internacional y Heritage Foundation.
Elaboración Propia: Venezuela 2005 proyecciones.

Vale señalar que el coeficiente de apertura comercial de Singapur es hasta cinco veces mayor al promedio regional. Es cierto que el país asiático resulta una suerte de hub global. Pero la interrogante persiste, ¿por qué tan bajos coeficientes de apertura comercial en Latinoamérica? Y la respuesta implica mucho más que aranceles bajos. Y tiene además una conexión directa con siguiente gráfico (ver Figura Tres).

EL NÚCLEO DEL RETO REGIONAL Figura 3

1995-2018 Tasas promedio quinquenales de la formación bruta de capital de seis destacadas plazas latinoamericanas



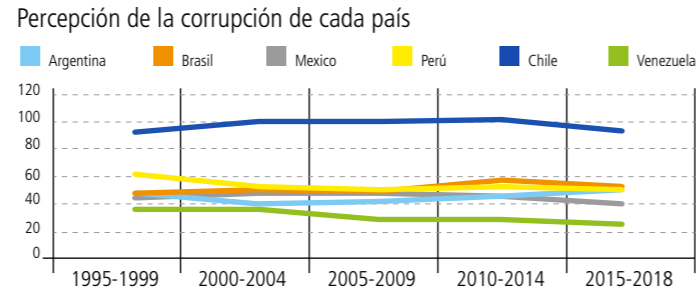
Comparándonos con países dinámicos como China (nación en desarrollo), donde la Tasa de Formación de Capital (inversión bruta privada y pública) alcanza establemente el 45% de PBI el último quinquenio, el círculo se cierra. No hemos entendido que el crecimiento de los indicadores sociales reflejan la tasa de inversión privada.

Como podemos observar en el siguiente gráfico, el quiebre de las libertades y la consolidación de una burocracia ar-

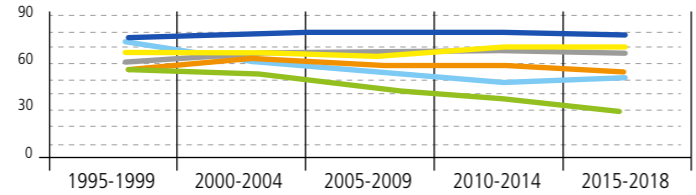
bitraria y muy corrupta (con la excepción de Chile) nos pasa la cuenta y se refleja en indicadores de comercio e inversión incompatibles con tasas crecimiento mayores.

EL NÚCLEO DEL PROBLEMA Figura 4

1995-2018: la corrupción burocrática



Libertad económica de la Heritage Foundation



Sobre este punto vale reflexionar acerca del sobredimensionado rol otorgado a los recursos naturales en la región. El cuento de los marxistas latinoamericanos –para diagnosticar que somos tremendamente ricos ya– y que nuestra solución exige un estado intervencionista en dizque políticas públicas (o sea más marxismo), requiere sobredimensionar el valor de las materias primas.

Nadie le ha explicado suficiente y claramente a los electores venezolanos que sus años de bonanza reflejaban en realidad sus niveles de libertad política y económica en los sesentas. Y que estas libertades explicaban la inversión petrolera que construyó la pasada bonanza llanera.

Nadie le explicó a los venezolanos que huyen de su país que fue -el gradual y creciente sesgo marxista de sus gobiernos, desde Caldera hasta Maduro- la causa de su actual desgracia económica. Una realidad que fue sistemáticamente subestimada por sus intelectuales.

Pero la región no solo padece el declive venezolano. También Brasil, Argentina, México, Chile y Perú y los respectivos declives y estancamientos reflejan el mismo fenómeno. En medio de ciclos populistas y reformas estructurales, las opciones marxistoides –cada año mejor maquilladas– tuvieron su efecto. Si, cada país organizó su empantanamiento. Latinoamérica es la región donde nadie se desarrolla. Nadie es potencia global. Los milagros económicos son efímeros. Se trata de la región del planeta que recurrentemente abraza un credo político nocivo: El marxismo.

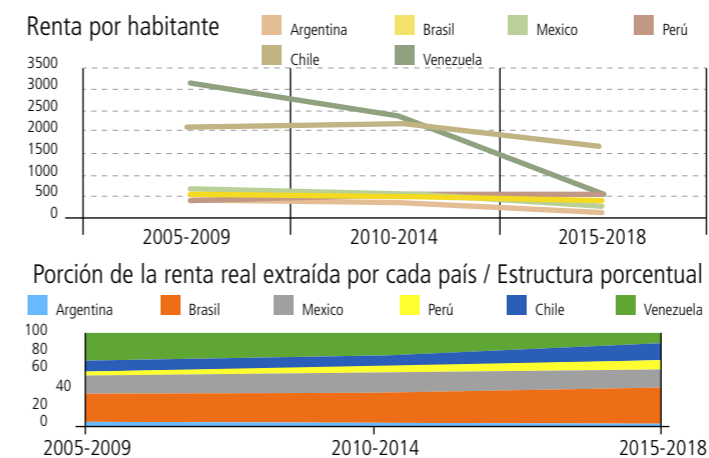
Pero si bien resulta el país mejor manejado y más sólido institucionalmente en la región, Chile tampoco está libre del efecto negativo del marxismo,

Sin embargo Chile es el país con mejor institucionalidad capitalista y el que tiene más renta por habitante porque sus recursos naturales benefician a su población. Es la fórmula de estado de derecho y capital (ver Figura Cinco).

Hemos titulado este gráfico en referencia a la fábula de la hormiga y la cigarra –aludiendo a la voluntad de trabajar de la primera y el ocio de la segunda–, porque Chile mantiene libertades económicas superiores al promedio regional, que permiten que más chilenos progresen y se diferencien del resto de cigarras regionales. Pero si bien resulta el país mejor manejado y más sólido institucionalmente en la región, Chile tampoco está libre del efecto negativo del marxismo, tal como lo vemos en el reciente estallido social que ha desembocado en la convocatoria a una constituyente. Resulta increíble que persista esta nociva influencia pese a los avances económicos y sociales.

LA HORMIGA Y LA CIGARRA, OTRA VEZ Figura 5

1995-2018: Las rentas efectivamente extraídas por recursos mineros y petroleros



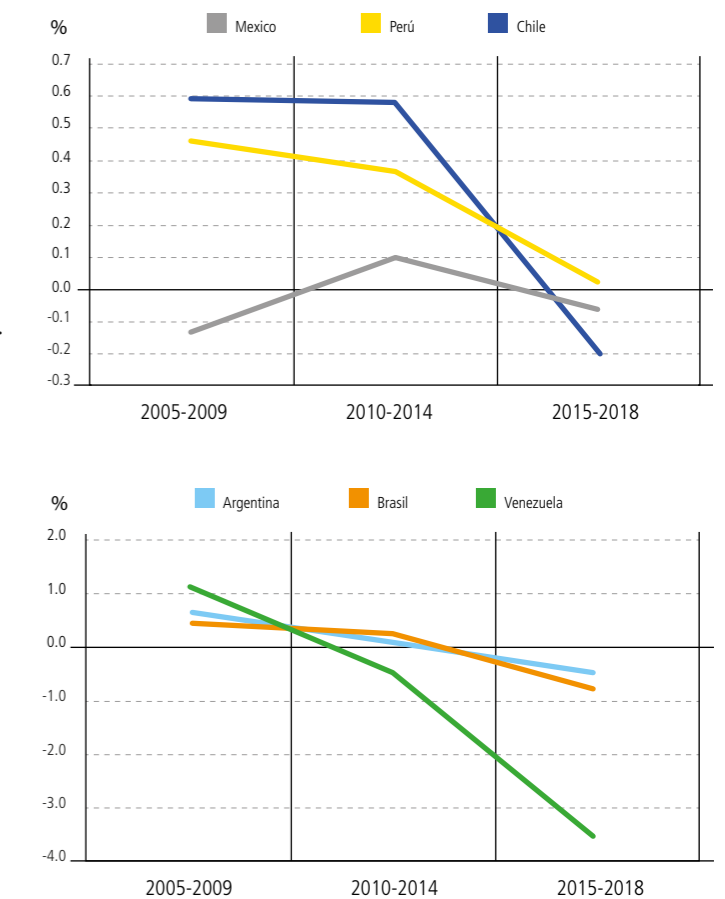
REFERENCIAS

Dornbusch, R. y Edwards, S. (1989) Macroeconomic Populism in Latin America, NBER Working Paper No. 2986 (Also Reprint No. r1543) Fondo Monetario Internacional, Country Focus: Recovery in Latin-America and the Caribbean Has Lost Momentum. October 17, 2018. <https://www.imf.org/en/News/Articles/2018/10/17/NA101718-Recovery-in-Latin-America-and-the-Caribbean-Has-Lost-Momentum>
Marx, Karl, 1818-1883. (1959). Das Kapital, a critique of political economy. Chicago: H. Regnery
Sowell, Thomas, 1985. Marxism: Philosophy and Economics, ISBN0688029639 (ISBN13: 9780688029630)

Cierro esta revisión de las cifras latinoamericanas post 1960 estableciendo que el retroceso económico regional es un fenómeno de largo plazo. Que tenemos más de una década perdiendo la oportunidad otra vez como sugiere la nota del Fondo Monetario Internacional aludida al inicio de estas líneas. Es decir, alejándonos del mundo desarrollado. Nuestros productos por persona, a pesar de las mejoras reales absolutas de algunos países, empeoran cada vez más (Ver Figura Seis)

SUBDESARROLLÁNDONOS CONSISTENTEMENTE Figura 6

1995-2018: variación promedio anual del índice quinquenal de Ilarianov de seis destacadas plazas latinoamericanas



Fuente: World Development Indicators, Banco Mundial; Transparencia Internacional y Heritage Foundation.
Elaboración Propia: Venezuela 2005 proyecciones.



Cómo salir de la democracia de baja gobernabilidad

JORGE MORELLI EXPLICA LA CASI PERPETUA CRISIS POLÍTICA E INSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ POR LA —SEGÚN ÉL LA DENOMINA— DEMOCRACIA DE BAJA GOBERNABILIDAD: LA AUSENCIA DE EQUILIBRIO EN LAS RELACIONES EJECUTIVO - LEGISLATIVO. LA TESIS DE MORELLI PRETENDE SER VÁLIDA NO SOLO PARA EL PERÚ, SINO PARA TODA LA REGIÓN LATINOAMERICANA PORQUE —DE ACUERDO AL AUTOR— EL PRESIDENCIALISMO LATINOAMERICANO NACIÓ CON UN MARCADO DESEQUILIBRIO A FAVOR DEL CONGRESO.

Por: Jorge Morelli
periodista, antropólogo y magíster en
Ciencias Políticas

“En las repúblicas el Ejecutivo debe tener el poder, porque todo conspira contra él”. Simón Bolívar, Discurso de Angostura (1819).

La nuestra es una democracia de baja gobernabilidad porque carece de equilibrio de poderes. Hay una falla grave en su arquitectura, que necesita ser rediseñada. Este quinquenio el Perú viene perdiendo la oportunidad de lograrlo. La reforma del sistema electoral parte de la convicción errada de que solo en la representatividad se halla la

cura de nuestra democracia. Y descuida la reforma del sistema de gobierno — los pesos y contrapesos entre los tres poderes del Estado—, que es donde se halla la raíz primera de la baja gobernabilidad y la falla en la arquitectura de nuestra democracia.

La sentencia de Bolívar en el epígrafe, pronunciada ante el Congreso de Venezuela tres años antes de venir al Perú, señala con claridad cuál fue el pecado original. No solo en el Perú, pero especialmente en el Perú, elegimos ser una república y darle el poder al Congreso. La combinación era inviable y lo sigue siendo. La famosa frase acerca de que “el Congreso es el primer poder del Estado” lo resume perfectamente. Creamos una quimera con el cuerpo de un animal y la cabeza de otro.

Desde el principio de la República, a la caída del gobierno de Bolívar en el Perú —luego de su retorno a Colombia para no volver—, su defenestrado ministro de Relaciones Exteriores, José María de Pando, publicó su descargo a la acusación que se le hacía de haber impuesto la dictadura mediante la Constitución Vitalicia de 1826. Esta fue la explicación que Pando ofreció: “La mayor parte de los pueblos pasaron sin transición intermediaria del despotismo del régimen colonial a la sumisión a la dictadura del Congreso” (firmado el 6 de febrero de 1827).

La sentencia de Bolívar tiene un corolario: “En las monarquías constitucionales, el poder debe tenerlo el Legislativo, porque todo conspira a favor del rey”. Es decir, ambas formas de gobierno —la republicana y el sistema parlamentario— son legítimas. Pero es indispensable entender que tienen su centro de gravedad en puntos opuestos, que ambas necesitan de un contrapeso. En la república, el centro de gravedad se halla en el inmenso poder del Congreso, que representa al pueblo. Para que exista equilibrio de poderes, ese poder debe ser contrapesado otorgándole al Ejecutivo facultades cuidadosamente balanceadas. En ausencia de ese equilibrio, lo que ocurre es la dictadura del Congreso.

En el bicentenario de las independencias latinoamericanas, un sistema bien balanceado de pesos y contrapesos entre poderes —lo que los norteamericanos llaman checks and balances— existe en pocos países de Latinoamérica. Chile y Uruguay son buenos ejemplos. El caso del Perú, en cambio, es probablemente el más grave.

En el Perú el Congreso puede insistir todavía hoy en un proyecto de ley observado por el Ejecutivo con solo la mitad de los votos de la única cámara. Puede censurar ministros de Estado con la mitad de los votos de la única cámara. Puede vacar la Presidencia, declarando con dos tercios de los votos de la única cámara la “incapacidad moral permanente” del presidente; una figura jurídica no definida en ninguna parte de la legislación, y que significa en la práctica lo que el Congreso quiera.



En la república, el centro de gravedad se halla en el inmenso poder del Congreso, que representa al pueblo. Para que exista equilibrio de poderes, ese poder debe ser contrapesado otorgándole al Ejecutivo facultades cuidadosamente balanceadas.

No existe semejante desequilibrio en ninguna otra república latinoamericana, desde México hasta la Argentina. En todas las democracias de la región —incluso Estados Unidos— la insistencia del Congreso en un proyecto observado por el Ejecutivo requiere dos tercios de los votos de cada cámara. Eso otorga al Ejecutivo un veto sobre el Legislativo, el contrapeso del enorme poder del Congreso. En el Perú no existe.

En el siglo XX, la versión más reciente de este desequilibrio proviene de la República alemana de Weimar, cuya constitución de 1919 es la madre de todas las dictaduras del Congreso e incubó su propia antítesis en el totalitarismo de Adolfo Hitler. En el centenario de la Independencia del Perú, las constituciones de 1920 y 1933 —clonadas ambas de la de Weimar— incubaron también en el Perú su propia antítesis en el autoritarismo de Leguía y Benavides.

Es forzoso considerar la hipótesis de que todas las democracias de baja gobernabilidad y sin equilibrio de poderes —desde la de Weimar hasta la nuestra— incuban su propia antítesis y desembozan en el autoritarismo, según la definición que Juan Linz dio al término en

la Universidad de Yale. Posteriormente, la transición a la democracia desde el autoritarismo fue estudiada también en Yale por Guillermo O’Donnell. Lo que no ha sido estudiado hasta hoy es la recaída en el autoritarismo desde la democracia de baja gobernabilidad.

Esta es una trampa en la que podemos quedar atrapados —de hecho el Perú lo está aún hoy— sin dar el salto cualitativo a una democracia de alta gobernabilidad. A este proceso Samuel Huntington lo bautizó con el nombre de “modelo dialéctico”. El secreto de este salto dialéctico, pienso, está en el equilibrio de poderes.

Existe a este respecto un episodio histórico poco conocido. Viendo llegar Benavides en 1938 el fin de su gobierno autoritario —suspendida la Constitución de 1933 durante todo ese período—, no ignoraba que, con las reglas de la Constitución de 1933 —en las que, por ejemplo, el Congreso insistía con mayoría simple, ni siquiera con la mitad de los votos—, el Perú sería virtualmente ingobernable. Convocó entonces al plebiscito del que surgieron las famosas “leyes plebiscitarias” de Benavides. Preguntó si, en lugar de mayoría simple, la insistencia no debería requerir al menos tres quintos de los votos del Congreso, ya que no dos tercios. Las leyes plebiscitarias entraron en vigencia.

Elegido presidente Manuel Prado en 1939, se negó a derogarlas. Las mantuvo vigentes hasta el final de su gobierno, en 1945. Elegido presidente José Luis Bustamante ese mismo año, el primer acto de la nueva mayoría parlamentaria en el Congreso fue derogar las leyes plebiscitarias. La gobernabilidad en los años de Bustamante devino en imposible. Esa vez la democracia de baja gobernabilidad apenas duró tres años. El golpe de Estado del general Manuel Odría, en 1948, nos devolvería el autoritarismo; la “normalidad”, según la famosa frase de Martín Adán.

En la misma época, en su Discurso de Bayeux de junio de 1946, el general Charles de Gaulle, llamado a conducir el gobierno de Francia luego de la Segunda Guerra Mundial, tenía plena conciencia

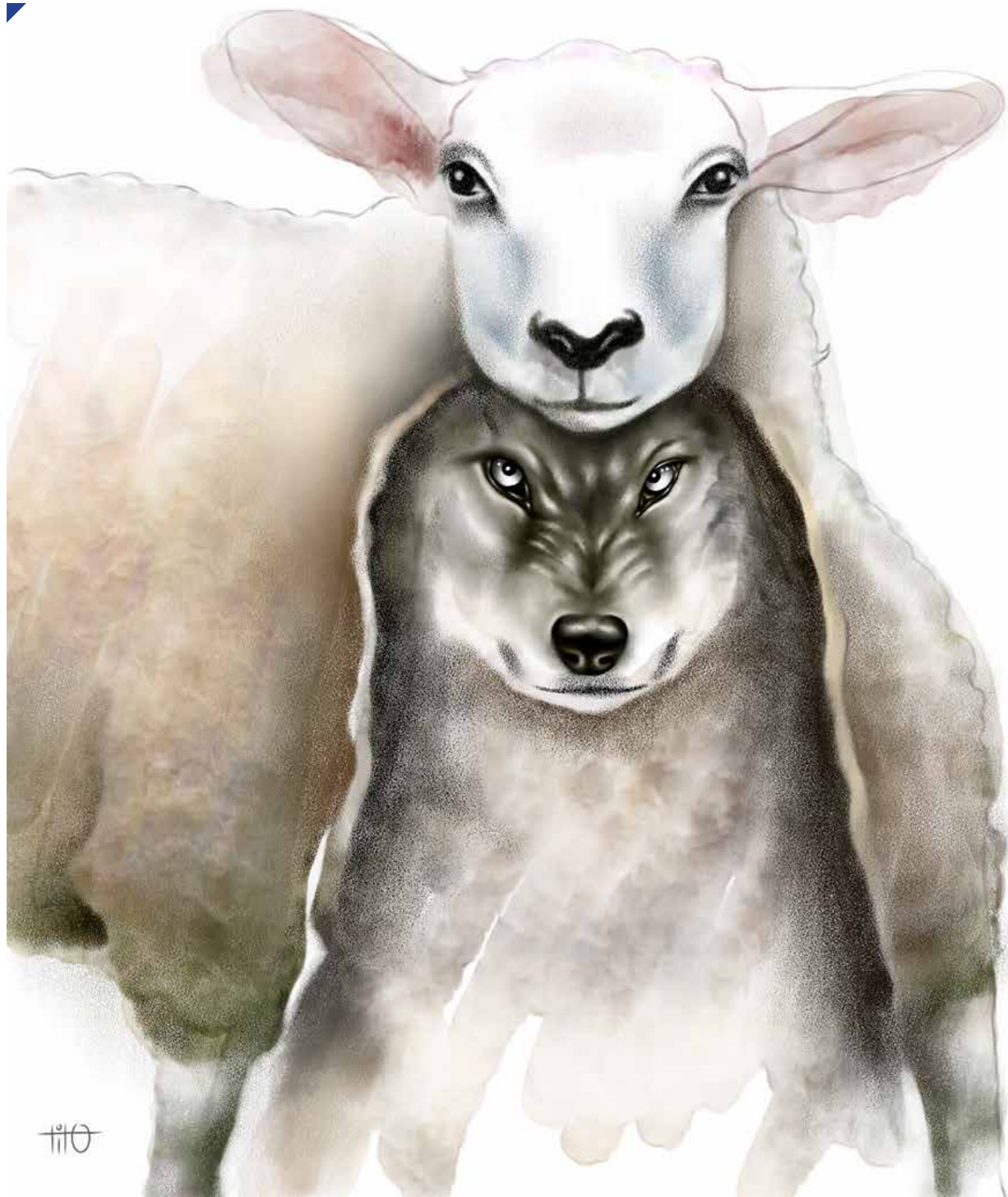
del problema anticipado por Bolívar y expresaba perfectamente la pregunta exacta con estas palabras referidas al fascismo y a la falla en la arquitectura de las democracias que lo antecedieron: “¿Cómo y por qué terminaron (en Francia) la Primera, la Segunda y la Tercera Repúblicas? ¿Cómo y por qué la democracia italiana, la República alemana de Weimar, la República Española dieron lugar a los regímenes que conocemos?”, dijo, preguntando por el origen del fascismo.

En Bayeux, De Gaulle propuso a Francia una constitución con un nuevo equilibrio de poderes, pero la clase política francesa hizo caso omiso de su pedido. De Gaulle se retiró entonces a su pueblo (Colombey les Deux Eglises) a esperar. La Cuarta República, calco de la Tercera, fracasó por las mismas razones, y doce años después, en 1958, se le pidió a De Gaulle que volviera de su retiro para que asumiera el gobierno de Francia. El viejo general aceptó con la

condición de que se aprobara la Constitución que él había propuesto en 1946. Con algunos cambios en 1962, esta es hasta hoy la Constitución de la Quinta República francesa, que estableció por fin el equilibrio de poderes en Francia. Había tomado cinco intentos lograrlo.

El profesor canadiense Maxwell Cameron, en un magnífico ensayo, llamó al autogolpe del 5 de abril “El 18 brumario de Alberto Fujimori”, parafraseando el famoso texto de Carlos Marx sobre la caída de la Segunda República francesa, señala lo siguiente: Las causas de los golpes de Estado de 1992, 1968, 1962 y 1948 hay que buscarlas en la falta de equilibrio de poderes de nuestra democracia de baja gobernabilidad, que incubaba la recaída en el autoritarismo, que incubaba luego la transición de vuelta a una democracia de baja gobernabilidad sin equilibrio de poderes. Esto es lo que desgraciadamente ocurrió en 1945, en 1956, en 1963, en 1980, una vez más en el 2001 y se halla también detrás del conflicto de poderes de hoy.

El modelo dialéctico de Huntington postula que hay escapatoria del círculo vicioso de las recaídas. Es posible el salto cualitativo a una democracia con equilibrio de poderes que, además de representativa, alcance la gobernabilidad que le permita resolver los problemas del pueblo y mantenerse en equilibrio permanente.



Siempre de pie... ¿siempre en la pobreza?

“EN EL AÑO 1989 HICIMOS CON JUAN BIONDI UN ANÁLISIS SEMIOLÓGICO DEL DISCURSO DE SENDERO LUMINOSO, DESDE EL CUAL ABIERTAMENTE PODEMOS AFIRMAR QUE NO HAY UN SOLO RASGO QUE PERMITA HABLAR DE UN DISCURSO DE FILIACIÓN RESPECTO A LA CULTURA ANDINA”; AÑADIENDO A CONTINUACIÓN “QUE SI HABLAMOS DE MARXISMO ESTAMOS HABLANDO DE UNA DOCTRINA QUE NACE CON LA ESCRIBALIDAD...”

Eduardo E. Zapata Saldaña

Vivir la cotidianeidad italiana de los setentas era convivir con la duradera armonía de la belleza y –a la vez– con el imprevisto caos de la violencia. Años de sombras y penumbras por la crisis del petróleo. Años de las Brigadas Rojas. De atentados cotidianos, olor a pólvora y secuestros. De extorsiones y de la absurda autodestrucción ideológica y física del editor Feltrinelli. Años de la siempre aparente paz de la Iglesia Católica junto a una feroz campaña emprendida por ella misma en contra del divorcio.

Había llegado el tiempo del “ataque al corazón del Estado”, según el catecismo terrorista. Aldo Moro fue el político-símbolo del anunciado ataque; alto dirigente democristiano y dos veces Primer Ministro. Fue secuestrado, torturado y asesinado. Aquel dirigente político que había logrado el famoso Compromesso Storico entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista Italiano. Promesa de paz en las palabras de un tratado; letra inerte y palabra vacía cuando se desatan las pasiones políticas y se yerra en los interlocutores. Como erró Moro rebajándose a pactar incluso con fantasmas.

Parecían certeras, entonces, las palabras de Pio Baldelli: “La controinformazione ... ha peso quando lavora sulla definizione dei punti deboli del potere”, es decir, “La contrainformación ... tiene peso cuando trabaja sobre la definición de los puntos débiles del poder”. Pues para la subversión de lo que se trata siempre es de ocupar todos y cada uno de los espacios cedidos por el poder. Sus indefiniciones y laxitudes.

Desde la antigua tradición griega, el Crátilo nos hablaba de las palabras y su poder configurador de mundos. La lingüística tradicional –desde su fundador Ferdinand de Saussure– reafirmó tal aserto. Posteriormente los trabajos de campo de Sapir y Whorf confirmaron para legos y profanos que las palabras tienen un poder nominador y configurador de mundos. Que no son, por tanto, inofensivas. Hablar alemán supone pensar en alemán; como hablar en chino implica concebir el mundo desde esa lengua.

“

Ochentas en el Perú. Sangre, anfo y pólvora en el día a día. Luego de regar de sangre el campo el movimiento Sendero Luminoso había entrado en su fase también catequística “del campo a la ciudad”.

Decía al respecto el gran Ortega y Gasset: “Con la lengua materna penetra la gente dentro de nosotros y se instala allí haciendo de cada cual un caso de la gente. La lengua materna socializa lo más íntimo de nuestro ser y merced a ello todo individuo pertenece, en el sentido más fuerte del término, a una sociedad. Podrá huir de la sociedad en que nació y fue educado, pero en su fuga la sociedad le acompaña inexorablemente, porque la lleva dentro ... La lengua materna le ha acuñado para siempre”.

Ha habido durante tiempo una disputa –respecto al poder del lenguaje– entre los nominalistas aludidos y los llamados realistas: el mundo existe antes de la lengua y sin ella. Pero hasta un realista sólido como John Searle cede cuando dice que “... la realidad no está lógicamente constituida por representaciones (porque) no hay una dependencia lógica”.

Ochentas en el Perú. Sangre, anfo y pólvora en el día a día. Luego de regar de sangre el campo el movimiento Sendero Luminoso había entrado en su fase también catequística

“del campo a la ciudad”. El traslado de la lucha. Un canal de televisión situado en una de las avenidas más significativas de Lima había sido destruido con un coche bomba. El local central de uno de los pensadores liberales más importantes del Perú, Hernando de Soto, y situado también en zona privilegiada de la ciudad, había quedado herido de muerte. Y allí no más otro vehículo de la muerte explotaba en el corazón de Miraflores, distrito considerado como simbólico de la dominación. Antes de todo ello, una serie de atentados perfectamente escritos para sembrar el terror había ya ocurrido en Lima anunciando algo que a muchos parecía inminente: la toma del poder por parte de Sendero Luminoso.

Por simpatías encubiertas, indefiniciones o meros oportunismos, muchos intelectuales nuestros –y también extranjeros– dejaron de llamar las cosas por su nombre. Y lo que era subversión terrorista se convirtió de pronto en “conflicto armado interno”; y lo que eran secuestros y asesinatos se tornaron en “violencia política”; y la pobreza y sus cicatrices, la desigualdad e incluso el factor racial comenzaron a justificar lo que empezaron a llamar “guerra interna”. Ya ese terrorismo inspirado en ideología importada resultaba hasta un brote de raíz andina. Donde se franqueaban las puertas para hablar de la “violencia reaccionaria del Estado blanco y burgués”.

Como todos sabemos, el 12 de setiembre de 1992 fue capturado el líder de la organización terrorista Sendero Luminoso Abimael Guzmán. 11 días antes el diario El Peruano había organizado una Mesa Redonda a la que asistieron Horacio Gago Priale y Oscar Mejía Orellana por parte del diario; como invitados el sociólogo Guillermo Nugent, el ingeniero Pablo Sánchez, el periodista Jorge Salazar y los lingüistas y semiólogos Juan Biondi Shaw y Eduardo Zapata Saldaña.

Allí, en esa fecha y en esa Mesa Redonda, tuve la oportunidad de decir explícitamente: “En el año 1989 hicimos con Juan Biondi un análisis semiológico del discurso de Sendero Luminoso, desde el cual abiertamente podemos afirmar que no hay un solo rasgo que permita hablar de un discurso de filiación respecto a la cultura andina”; añadiendo a continuación “que si hablamos de marxismo estamos hablando de una doctrina que nace con la escribalidad ... una doctrina escribal en un mundo donde la escribalidad está en retroceso no tiene futuro como tal, como doctrina cerrada y totalitaria”.

Y desde hace un buen tiempo la propia realidad –fundamentalmente a través de la electronalidad y de los jóvenes– ha puesto ya en agenda temas como el de medio ambiente, la igualdad de las oportunidades de género, el respeto por los animales, la dignificación de lo diverso y originario. Pues bien y hay que decirlo recordando a Baldelli: La subversión aprovecha todos y cada uno de los espacios cedidos por el poder. Y los temas mencionados podrán ser objeto honesto de Seminarios, Foros, declaraciones y aun plantones, pero no han sido abordados con sinceridad y acciones concretas por el discurso de Estado.

Y lo que era subversión terrorista se convirtió de pronto en “conflicto armado interno”; y lo que eran secuestros y asesinatos se tornaron en “violencia política”

En ese contexto puede florecer cualquier tipo de subversión. Ya no la del Sendero escribal, pero sí la del emocional. No ya el de una organización política dada que subvierta militarmente, pero sí que impida desarrollo. Lo cierto es que empiezan a aparecer las voces oportunistas que ocultando ideología pasadista exacerban estos temas (de por sí sensibles) pudiendo generar fácilmente violencia. De pronto el subversivo se convierte en “luchador popular”; un “neoliberalismo” inexistente en el Perú se torna marca de todo lo que se quiere eliminar; y una fantasmagórica y malhadada cuarta revolución industrial (como si hubiese anterioridades de ella) posibilita que todo control de la agitación se signe como “criminalización de la protesta”. ¿Quién financia todo este candoroso reclamo?

Ya es moneda común escuchar voces que so pretexto de la defensa de causas nobles, finalmente franquean las puertas a la tala y minería ilegales, al tráfico de niños y mujeres y al propio narcotráfico.

El nominalismo lingüístico interesado simplemente por el Poder (y sus beneficios) está convirtiendo estos temas en “luminosas trincheras” que podrían activar y hasta justificar la “violencia política”. Todos estos temas –acogidos por el Estado, bien trabajados y con participación de los jóvenes– pueden más bien ser factor de construcción. Dejados en manos de aquellos a quienes les conviene la pobreza perpetua, tendremos eso: pobreza perpetua.

En Italia se hablaba de “fascismo de camisa blanca” para aludir al Estado. Cuando aquí hablamos de la “banda de los cuellos blancos” ¿no estaremos finalmente también hablando de fascismo y de Estado? A ver si dejamos de jugar con las palabras.

El bicentenario, ja ja

ESTE ARTÍCULO FUE ESCRITO ANTES DEL CIERRE INCONSTITUCIONAL DEL CONGRESO DEL PERÚ. LAS APROXIMACIONES Y CONCLUSIONES PLANTEADAS SE HAN CONFIRMADO A CABALIDAD.



Por: Mariella Balbi

Doscientos años de vida republicana nos convierten en un país ya no tan adolescente, que ha tenido un tiempo prudencial para aprender de golpes de Estado, políticas económicas impracticables, violencia política con Sendero Luminoso, rencillas, elecciones, persecuciones y todo cuanto está escrito en nuestra complicada historia.

Llegamos magullados y fregados a nuestro bicentenario. La gran discusión nacional no se centra en modernizar el farragoso e inútil aparato del Estado, reformar algunas de sus leyes, impulsar el potencial para tener un desarrollo respetable en el mundo o gozar de una actividad turística vigorosa, envidiable, activando todas las ventajas que tenemos como país milenario. ¡Qué va! Estamos sumergidos en una guerra entre quienes quieren tumbarse la Constitución y hacer lo que les viene en gana, adelantando las elecciones para el 2020 sin ningún motivo, y los que defienden el orden democrático, la vigencia de nuestra Carta Magna y el respeto de los plazos para las elecciones generales, que como indican las leyes se realizan cada cinco años para todos y cada uno de los respectivos gobiernos. Si, por alguna razón –aunque no es lo óptimo– hay que interrumpir el orden constitucional nos debemos ceñir a lo establecido en la Constitución. Tenemos casi doscientos años de vida, nos merecemos estabilidad y sobre todo cordura, sin que primen oscuros intereses.

El Presidente Vizcarra no tiene la potestad ni el derecho de modificar lo establecido en la ley. Está prohibido cons-

“

¡Qué va! Estamos sumergidos en una guerra entre quienes quieren tumbarse la Constitución y hacer lo que les viene en gana, adelantando las elecciones para el 2020 sin ningún motivo.

titucionalmente. Con su rocambolesca iniciativa de adelantar las elecciones, sabe Dios por qué oscuros motivos, solo está prostituyendo la Constitución. Tiene la insolencia de imponernos tal descalabro. Ciertamente le conviene a él y a sus aliados: el humalismo, las ONG y la izquierda parlamentaria en vergonzosa y convenida alianza. También secundan a Vizcarra los propietarios de los medios. Probablemente saben que el respaldo que brindan al gobierno conspira contra nuestro país, pero sus intereses comerciales pesan más.

La dictadura de Alberto Fujimori alteró el orden constitucional y tuvo un control pernicioso de las instituciones. Pero consiguió el éxito económico y hasta sus enemigos rescatan de este largo período de gobierno la estabilidad macroeconómica y la derrota de la subversión. Vizcarra no tiene ningún logro que mostrar y nadie lo admira –equivocadamente o no– como estadista.

Ninguno imaginó que en un lapso tan corto Vizcarra demolería el país. Fomentó y fomenta el odio, la división y los malos modales democráticos. Gracias a los medios se ha construido una perversa manera de entender la democracia en la que los votos no valen

ni un pepino y el respeto a la decisión popular en las elecciones pasadas ni un cuerno. Las encuestas y la voluble opinión del ciudadano pesan mucho, muchísimo más.

Ingresaremos al bicentenario con un Congreso de minibancadas, donde cada grupo es más cainita que el otro, una suma de miniegos que buscan tener una representación que no les dio la votación del 2016. Quienes elaboran las leyes son, por necia ambición, los primeros en violarlas. La interesada megacampaña contra el Congreso ha dado –qué duda cabe– los frutos que el Ejecutivo y sus aliados buscaban: desprestigiarlo hasta la abyección, convertirse en el depósito de todas las animadversiones de los ciudadanos.

Esto nos pone en situación de indefensión como país. Es como un cáncer que ha hecho metástasis en la institucionalidad. La reforma de Vizcarra y sus asesores para elegir a nuevos magistrados fue apresurada y no ha resuelto el tema, con el consecuente perjuicio para el sistema democrático. Súmele la embestida contra la Fiscalía, que se convirtió en el epicentro de la desinstitucionalización. Se observan irregularidades, protección de intereses particulares, tipificación como organizaciones criminales a determinados partidos, manejo político de la cúpula “vizcarrista” y descalabro de su ordenamiento jerárquico y legal. Pero, en términos latos, la corrupta Odebrecht la “pasa piola”.

Hemos recorrido doscientos años de República y estamos usando el tiempo en discernir si los militares respaldarán un cierre arbitrario del Congreso. Si la división de Lima lo apoya o quiénes

El aparato gubernamental, los medios y la Fiscalía han embestido contra Keiko Fujimori, llegando el adocenamiento hasta la Corte Suprema.

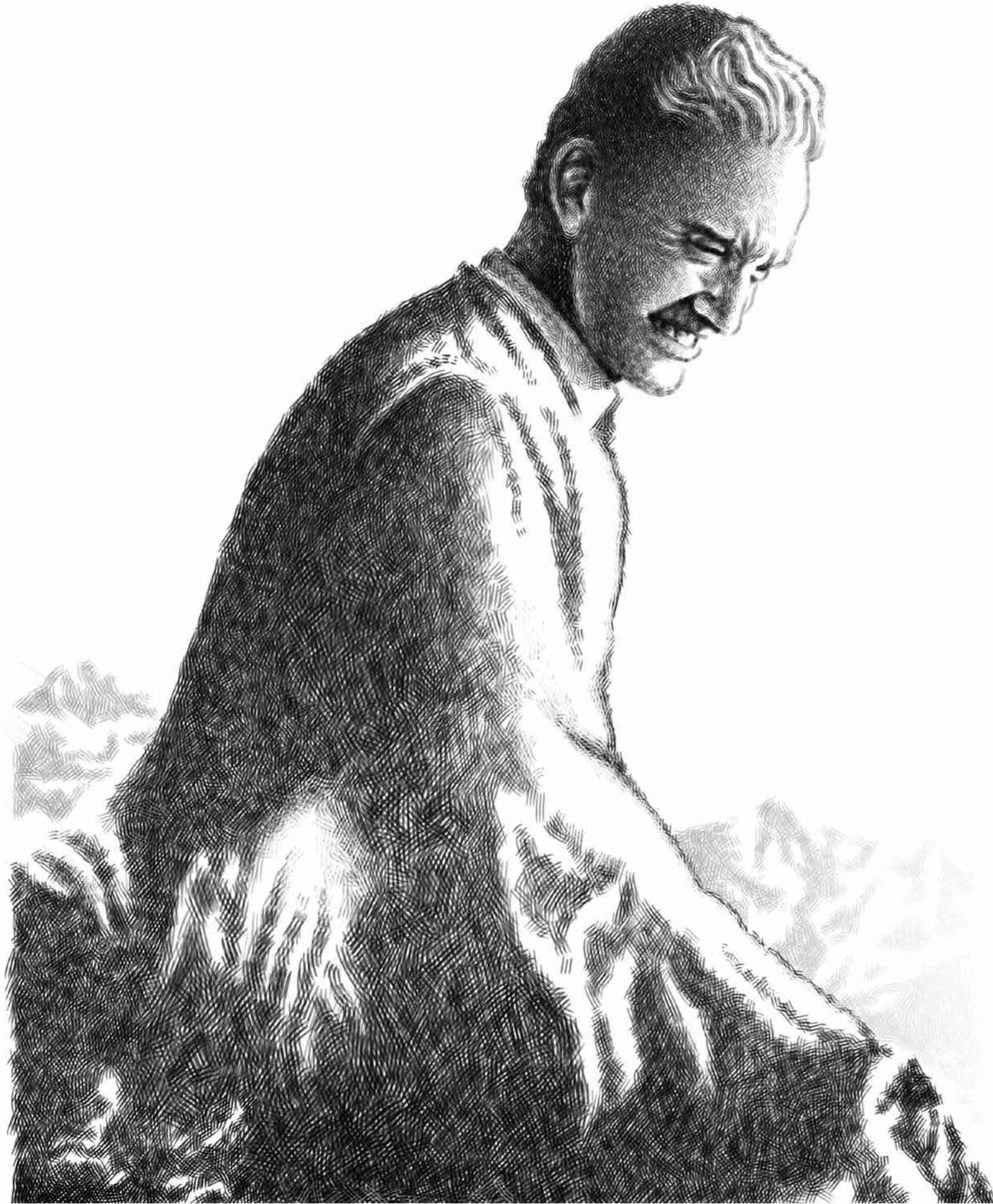
son los jefes militares cercanos a Humala, por ende a Vizcarra, y con la principal líder de la oposición, dos veces candidata a la presidencia, en chirona.

El aparato gubernamental, los medios y la Fiscalía han embestido contra Keiko Fujimori, llegando el adocenamiento hasta la Corte Suprema. Esta, de manera tramposa, obvió el pedido de la defensa de liberarla y se dedicó, previo juego de las sillas, a discutir si le daban 18 o 36 meses de prisión preventiva. Cosa que nunca se planteó.

Vizcarra ha logrado tener presos políticos, incluida la feroz persecución política a Alan García, quien eligió morir antes de ser denigrado, vapuleado por un gobierno tiranuelo y antidemocrático. El régimen usa todas las mañas del “montesinismo”: persigue a sus opositores, copa las instituciones, aprovecha y fomenta la dependencia de los medios por la publicidad estatal. Ello ya viene desde Humala, cuando hubo reglajes y seguimientos a más de 10,000 personas –en su mayoría personajes públicos–, mapeadas, estudiadas e inventariadas.

Esto es lo que nos deja Vizcarra para nuestro bicentenario. No renuncia, aunque debería, porque lo que quiere es “batir” (arrasar) como decían los senderistas a la clase política. En cristiano, demolerla para concentrar poder y salir de los casos que lo persiguen como aparecidos: Chinchero, Conirsa, CASA y el rosario de investigaciones en la región Moquegua.

A fines de septiembre veremos cuán afectado está nuestro 2021. De cualquier forma, tendremos un Perú que “jibarizó” su crecimiento económico pudiendo despegar, promocionando la inversión privada y con un atinado gasto público. La palabra futuro está devaluada, no hay perspectivas que reconforten al alma nacional. Estamos sumidos en un pozo de malquerencia, encono, polarización. Falta educación cívica. Hay amnesia en ciertos sectores sobre lo que es la democracia, el respeto a la Constitución. ¿Algo que celebrar?



¿Arguedas acaso diría "capitalismo mágico de migrantes"?

TINO SANTANDER, ANTROPÓLOGO DE PROFESIÓN, PLANTEA PREGUNTAS CRUCIALES SOBRE LA OBRA LITERARIA Y ANTROPOLÓGICA DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, QUE CONVOCÓ LAS CRÍTICAS MÁS DESPIADADAS DE MARIO VARGAS LLOSA, ALGUNAS JUSTIFICADAS Y OTRAS ABSOLUTAMENTE ARBITRARIAS. EN LA MEDIDA EN QUE ARGUEDAS ES UN GRANDE, UN INMORTAL DE NUESTRAS LETRAS —SOBRE TODO POR LA NOVELA *LOS RÍOS PROFUNDOS*— LA APROXIMACIÓN DE SANTANDER ES UNA GOTA MÁS EN EL OCÉANO QUE EXISTE Y SEGUIRÁ EXISTIENDO ALREDEDOR DE LA OBRA ARGUEDIANA.



Este artículo está dividido en dos partes: la primera analiza sucintamente el indigenismo literario de José María Arguedas y la segunda expone las ideas principales de su investigación antropológica.

¿Era José María Arguedas un escritor indigenista? Él decía que no⁽⁴⁾, pero los protagonistas de sus cuentos y novelas son el indio oprimido, el terrateniente, el gamonal, el mestizo y el estudiante provinciano que huye de sus pueblos a la costa buscando una vida mejor. La literatura arguediana describe la transformación cultural y económica que trae el huracán capitalista en el Perú.

Mario Vargas Llosa define a José María Arguedas como un escritor escindido entre dos mundos: “Mi interés por Arguedas no se debe sólo a sus libros; también a su caso, privilegiado y patético. Privilegiado porque en un país escindido en dos mundos, dos lenguas, dos culturas, dos tradiciones históricas, a él le fue dado conocer ambas realidades íntimamente, en sus miserias y grandezas y, por lo tanto, tuvo una perspectiva mucho más amplia que la mía y que la de la mayor parte de escritores peruanos sobre nuestro país. Patético porque el arraigo en esos mundos antagónicos hizo de él un desarraigado”⁽⁵⁾.

La novela ideológica más importante de Arguedas es *Todas las sangres*, que describe las múltiples contradicciones de la sociedad peruana y propone una solución para acabar con ellas: el socialismo comunitario. Sin embargo, la mesa redonda organizada sobre la novela *Todas las sangres* por el Instituto de Estudios Peruanos, en 1965, tuvo una crítica implacable de sociólogos y antropólogos. Uno de ellos, Henri Favre señaló que él “no veía indios, sino campesinos y que el país de José María Arguedas no existía”; Sebastián Salazar Bondy sostuvo: “Sociológicamente la novela no sirve como documento... no es un testimonio válido para la sociología”; Aníbal Quijano estuvo de acuerdo con Favre, igual que Bresani y Oviedo. La novela fue analizada como texto sociológico. Arguedas y Escobar les recordaron que “leían una novela y no un tratado de sociología” además señalaron que “la literatura tienen un lenguaje simbólico propio”⁽⁶⁾.

Otro crítico despiadado fue Mario Vargas Llosa: “Arguedas fue un gran escritor primitivo; nunca llegó a ser moderno en el sentido que lo fue Rulfo, aunque escribiera también sobre el mundo rural... *Todas las sangres* fue, tal vez, la peor de

sus novelas... *Todas las sangres* es una novela emblemáticamente reaccionaria y tradicionalista”⁽⁴⁾. La crítica de Vargas Llosa está referida a la utopía arcaica del colectivismo, al rechazo a las sociedades modernas industriales y urbanas y a la constante negación del individualismo. Incluso señala que el comunismo incaico es una fantasía de intelectuales occidentales. Arguedas —dice Vargas Llosa— era un panteísta y ecólogo cultural.

El premio nobel señala que la obra de Arguedas retrata una cultura mágico religiosa que representa lo antiliberal y lo antimoderno, y que era un escritor tribal, colectivista y de estrecho nacionalismo. Sin embargo, Vargas Llosa cambia de opinión y señala que la metáfora de *Todas las sangres* es el reconocimiento de la heterogeneidad del Perú:

Un compatriota mío, José María Arguedas, llamó al Perú el país de todas las sangres. No creo que haya fórmula que lo defina mejor. Eso somos y eso llevamos dentro todos los peruanos, nos guste o no: una suma de tradiciones, razas, creencias y culturas procedentes de los cuatro puntos cardinales. A mí me enorgullece sentirme heredero de las culturas prehispánicas que fabricaron los tejidos y mantos de plumas de Nazca y Paracas y los ceramios mochicas o incas que se exhiben en los mejores museos del mundo, de los constructores de Machu Picchu, el Gran Chimú, Chan Chan, Kuelap, Sipán, las huacas de la Bruja y del Sol y de la Luna, y de los españoles que, con sus alforjas, espadas y caballos, trajeron al Perú a Grecia a Roma, la tradición judeo-cristiana, el renacimiento, Cervantes, Quevedo y Góngora, y la lengua recia de Castilla que los andes dulcificaron. Y de que con España llegara también el África con su reciedumbre, su música y su efervescente imaginación a enriquecer la heterogeneidad peruana. Si escarbamos un poco descubrimos que el Perú, como el Aleph de Borges, es en pequeño formato el mundo entero. ¡Qué extraordinario privilegio el de un país que no tiene una identidad por que las tiene todas!⁽⁵⁾.

Otro de los hitos para tratar de comprender las ideas de José María Arguedas es el discurso que pronunciara en octubre de 1968, al recibir el premio Inca Garcilaso de La Vega, cuando señaló: “Las dos naciones de las que provenía estaban en conflicto: el universo se mostraba encrespado de confusión, de promesas, de bellezas más deslumbrantes, exigente... El otro principio fue considerar siempre el Perú como una fuente infinita para la creación. Perfeccionar los medios de entender este país infinito mediante el conocimiento de todo cuanto se descubre en otros mundos. No, no hay país más diverso, más múltiple en variedad terrena y humana: todos los grados de calor y color, de amor y odio, de urdumbres y sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores”⁽⁶⁾.

“

... yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua”.

En el espíritu de José María Arguedas convivían el milenarismo colectivismo quechua y el individualismo del mundo occidental. Tenía el alma india, pensaba como indio, pero era un blanco aindiado. Era un hombre de naturaleza contradictoria y dolorosa. Además, estaba seguro de que los indios lo querían y lo protegían; sin embargo, los indios no lo consideraban uno de ellos.

II

Arguedas como antropólogo investigó prolijamente la transformación cultural, económica, social y política del Perú desde 1920; era también un destacado periodista que describía la expansión capitalista en los Andes y particularmente en las comunidades campesinas. No era un militante de izquierda como muchos quieren presentarlo; era un observador privilegiado de la realidad nacional por su doble condición de observador científico y a la vez objeto de observación. Estudió e indagó la complejidad del conflicto cultural entre serranos y costeños; entre indios y criollos; entre señores y mestizos. Él tomó partido por los indios y los mestizos; sin embargo nunca dejó de admirar la cultura occidental⁽⁷⁾.

José María Arguedas afirmaba que el proceso de mestizaje sería expresión de un nuevo ser social en el Perú y señalaba que “...el mestizo es el hombre más debatido del Perú y el menos estudiado. Naturalmente no tomamos en consideración a quienes niegan su existencia... hay infinidad de grados de mestizaje; que es muy distinto el que se forma en los pueblos pequeños de la sierra y el que aparece en las

grandes ciudades; que en lugares como Ayacucho y Huaraz, pueden encontrarse mestizos apenas diferenciados del indio y del tipo que podríamos denominar representativo del hombre asimilado por entero a la cultura occidental”⁽⁸⁾. Fue uno de los profetas de la choledad nacional.

Arguedas considera que el mestizaje tiene orígenes económicos, y pone como ejemplo el arte nacido en Huamanga, Ayacucho. En un ensayo presentado al primer encuentro de peruanistas, realizado en Lima (1951), afirma que el indio que aprendía el castellano era un ser distinto⁽⁹⁾. Más adelante, afirma que el artista mestizo no era un sirviente. José María Arguedas, no es un antropólogo occidental que hace “ciencia pura” y que mantiene una distancia estructural de la sociedad que investiga. No es un científico social neutral, toma una posición porque lo conmueve el conflicto cultural peruano. Por eso, afirma sus dos identidades y dice: “Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua”⁽¹⁰⁾.

Arguedas investigó el proceso de transformación económica, social y política de la sierra, encontrando dos realidades: una feudal y colectivista, y otra, como la del Valle del Mantaro, de pequeños propietarios y comuneros, en la que el capitalismo mercantil y extractivo de las minas transforma a los indios en mestizos asalariados⁽¹¹⁾. En el sur andino era diferente. Esta transformación económica de las dos sierras se expandió a la costa peruana y principalmente a la capital. Arguedas comprendía que el capitalismo se dilataba lentamente y transformaba al Perú. Entonces, él sabía que otros serían los nuevos personajes del drama nacional y empezó a entender que los campesinos indígenas no querían seguir siendo indios y que los terratenientes serranos aspiraban a convertirse en burgueses occidentales⁽¹²⁾.

José María Arguedas no tuvo tiempo para investigar el desarrollo industrial pesquero en Chimbote; tampoco la masiva migración serrana a la costa. Sin embargo, Arguedas intentó superar ese dualismo y escribió una extraordinaria novela, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, en base a testimonios de los pobladores y trabajadores chibotanos. El protagonista era un nuevo personaje: el indio que huía de la explotación gamonal en busca de progreso, para encontrarse con el capitalismo industrial que se expandía velozmente en el Perú. Se trata de una etnografía en la que aparecen los costeños, serranos, ricos y pobres, extranjeros y peruanos, católicos y evangélicos que reflejan el país multilingüe y pluricultural que es el Perú.

José María Arguedas murió en 1969 y dejó un país agrario y de incipiente capitalismo costero; una sociedad jerarqui-

zada y racista, con diversos mundos culturales separados y confrontados: el mundo criollo limeño versus el mundo rural indígena y mestizo que paulatinamente invadía los extramuros de la capital y daba nacimiento al país de los cholos que se afincaban en los cerros y desiertos.

La reforma agraria velasquista acabó con el servilismo indígena y la expropiación de las haciendas costeñas liquidó la pujante burguesía agraria costeña. La gigantesca migración de todo el país hacia Lima consolidó el anárquico proceso de urbanización y transformó las formas de sentir, pensar y actuar de los peruanos. Este mundo ideal creado por el nacionalismo militarista se derrumbó en 1980, cuando convergen dos procesos que marcarían la vida nacional: el retorno de la democracia y el surgimiento de Partido Comunista del Perú, llamado Sendero Luminoso, que delirantemente combatía a los liquidados gamonales andinos. El senderismo inició una guerra contra enemigos imaginarios, “la feudalidad, el capitalismo burocrático”, asesinando a miles de campesinos indígenas y desatando una ola de represión indiscriminada contra la población andina y los sectores populares costeños.

El senderismo estaba en contra de la historia; los comu-neros buscaban en la parcelación de sus tierras una alternativa productiva que los vincule al mercado, porque la reforma agraria velasquista representó un fracaso económico por su fundamentalismo colectivista. Y paradójicamente fueron los campesinos indígenas (que para los senderistas eran los llamados a liderar la guerra popular del campo a la ciudad), los que se organizaron en rondas de autodefensa y contribuyeron a derrotar la alucinante guerra del senderismo totalitario.

La reforma agraria velasquista acabó con el servilismo indígena y la expropiación de las haciendas costeñas liquidó la pujante burguesía agraria costeña. La gigantesca migración de todo el país hacia Lima consolidó el anárquico proceso de urbanización y transformó las formas de sentir, pensar y actuar de los peruanos.

El nuevo peruano nació en los cerros y desiertos costeños. Ellos eran producto de este desordenado proceso de urbanización nacional y no fueron los protagonistas —como profetizó Arguedas en sus novelas— los forjadores del socialismo mágico peruano. Al contrario, estos hombres y mujeres se enfrentaron al Estado burocrático y al desprecio racial de las minorías dominantes y solos construyeron sus casas, crearon sus propios empleos y afirmaron el individualismo chicha para enfrentar el reto vivir en un país antidemocrático. Fueron los indios que se convirtieron en campesinos, luego en los migrantes que crearon un capitalismo mágico de sobrevivencia y que tiene el potencial creador de un pueblo de todas las sangres y que no tienen otro destino que el de vencer, como decía José María Arguedas.

Bolívar y el pensamiento bolivariano

- 1 Cfr. Arguedas, José María (2012). “La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú”. *Obra Antropológica*. T II. Pp. 272, 273, 275 Lima. Editorial Horizonte.
- 2 Vargas Llosa, Mario (1996). *La utopía arcaica: JMA y las ficciones del indigenismo*. P. 124. México, Fondo de Cultura Económica.
- 3 José María Arguedas; Jorge Bravo Bresani; Alberto Escobar; Henri Favre; José Matos Mar; José Miguel Oviedo; Aníbal Quijano; Sebastián Salazar Bondy. (1965). “Mesa Redonda sobre ¿He vivido en Vano?” “Todas las sangres”. 23 de junio de 1965. Lima Instituto de Estudios Peruanos.
- 4 Vargas Llosa, Mario (1996). *La utopía arcaica: José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. Págs. 198, 254, 277, 324. México, Fondo de Cultura Económica.
- 5 Vargas Llosa, Mario (2012). “Elogio de la lectura y la ficción”. Discurso en la ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura. P.7 Estocolmo. En <https://www.nobelprize.or/nobel-prize/.../Vargas-Llosa-lecture-sp.pdf>.
- 6 Arguedas, José María (1968) “Yo no soy un aculturado”. Discurso pronunciado en el acto de entrega del premio “Inca Garcilaso de la Vega” en octubre de 1968. En sitio web. SERVINDI comunicación intercultural para un mundo más humano y diverso <https://www.servindi.org/actualidad/3252>.
- 7 Cfr. Arguedas, José María. Perú y Argentina (2012) en *Obra Antropológica*. Tomo V. P. 130, 131 Lima, Editorial Horizonte.
- 8 Arguedas, José María (2012). El complejo cultural en el Perú. Tomo II P. 302, 303 Lima. Editorial Horizonte Lima
- 9 Arguedas, José María (2012). “Notas elementales sobre el arte popular religioso y la cultura mestiza de Huamanga”. *Obras antropológicas*. Tomo V. P. 35. Lima, Editorial Horizonte.
- 10 Arguedas, José María (1968). “Yo no soy un aculturado”. Discurso pronunciado en el acto de entrega del premio “Inca Garcilaso de la Vega” en octubre de 1968. En sitio web. SERVINDI comunicación intercultural para un mundo más humano y diverso <https://www.servindi.org/actualidad/3252>.
- 11 Cfr. Arguedas, José María (2012). Evolución de las comunidades indígenas. *Obra Antropológica*. Tomo IV - P.301 Lima, Editorial Horizonte.
- 12 Cfr. Arguedas, José María (2012) “La discusión de la narración peruana”. *Obra Antropológica*. Tomo V - P. 205 Lima, Editorial Horizonte.



Dentro de la esfera americana.

Bolívar destaca como un ideólogo cuya línea de pensamiento político evoluciona de acuerdo a su propia madurez personal y conforme la situación de la libertad se iba logrando militarmente y asentando desde el punto de vista administrativo. Serán las desilusiones y las derrotas las que se convertirán en una catapulta de energía y vigor para llevar adelante una auténtica hazaña que —pensada en términos de nuestro territorio y de los pocos elementos con que contó a nivel de tropas, ayuda y armamento— se compara a las que libraron Julio César y Napoleón.

Bolívar vivió solo 47 años y peleó 472 combates, por lo menos 80 de ellos de gran importancia, habiendo sufrido derrotas en solo seis oportunidades; incluyendo la pérdida de Puerto Cabello, que le significó, a nivel personal, una íntima deshonra y una inolvidable vergüenza. En su vida conoció tanto los honores como la tristeza, el exilio, la soledad, el abandono y, sobre todo, la mezquindad y la falta de compromiso de sus a veces aliados, a veces amigos, a veces seguidores y traidores. Encontramos en esta apasionante personalidad una singularidad absoluta, pues si bien podemos identificar un ego crecido y una voluntad de que se notara su presencia, jamás pensó en conquistar, solo en libertar a las naciones a las que veía con grave riesgo de sucumbir ante la renovada y fuerte presencia militar española.

Resulta de la mayor importancia descubrir la evolución de su pensamiento político, sin que ello signifique que mute entre grandes extremos; pero sí que muestra una madurez, producto de la experiencia política que va adquiriendo y del cada vez mayor conocimiento de la realidad de estas sociedades. El concepto orgulloso de la libertad de España fue siempre el principal motivo de sus denodados esfuerzos para hacer comprender el valor supremo de



Bolívar vivió solo 47 años y peleó 472 combates, por lo menos 80 de ellos de gran importancia, habiendo sufrido derrotas en solo seis oportunidades.

la libertad y la necesidad que él veía en que todos los pueblos y naciones americanas se unieran en una sola realidad política y administrativa. Una realidad que al final vio como imposible, por las múltiples diferencias entre los pueblos y, sobre todo, por la dificultad de encontrar a un sucesor que diera la talla de su inagotable creatividad y que pudiera, solo con la palabra, convencer al más ferviente opositor.

El fracaso de Bolívar no se da en el campo de batalla. Era un militar aguerrido, audaz y casi impredecible en las decisiones con que llevó a sus diversos ejércitos a victorias insospechadas. El fracaso de su propuesta política no se encuentra en ella misma, sino en la incapacidad que se tuvo en su tiempo de asumir que la palabra libertad, no solo significaba romper el yugo con España, sino generar formas de vida libre para todos. Y como en muchas sociedades americanas, fueron los criollos los que impidieron que ese amplio concepto de libertad, de justicia e igualdad, se impusiera en su momento, al entender que eran ellos los merecedores de ocupar los cargos de privilegio que les eran retirados a los españoles. Y allí estuvo el fracaso; no en la gesta militar, sino en la incompreensión de la propuesta.

Cuando Bolívar sale hacia su destino final, en Santa Marta, sabe que su

genialidad no ha sido comprendida y siente como pocos el abandono y el olvido, sin llegar a ser consciente de que serían ciertas las palabras de José Domingo Choquehuanca cuando en 1825 exclamó: “Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina”.

Para conocer su pensamiento político y entender la distancia de años luz que existe entre esa preclara producción intelectual y el atrevimiento “bolivarianista” de Chávez y Maduro, de considerar que su propuesta es la continuación del pensamiento bolivariano, basta con leer esos escritos fundamentales que nos muestran a un ideólogo nato, a un pensador que ha madurado sus propios deseos de organización política para América y que se permite pensar en grande, como grande era su capacidad.

De todos sus escritos, quisiera destacar: la Carta de Jamaica, fechada el 6 de setiembre de 1825; El discurso ante el Congreso de Angostura de Febrero de 1819 y el proyecto de Constitución Vitalicia de diciembre de 1826.

Si bien su testimonio escrito es vasto, estimo que estos son los documentos en donde se plasma su pensamiento político y en los que se puede ver su evolución. En la Carta de Jamaica, el Libertador expone los argumentos en los que sustenta su ideal político, haciendo énfasis en la manera como se había impuesto la dominación española, marginando del todo a los naturales y criollos. En el Discurso de Angostura vemos a un lúcido ideólogo que plantea las razones objetivas de su lucha y propone ya un sistema de gobierno en el que incluye un “poder moral”, en razón del desorden interno de las sociedades, dañadas

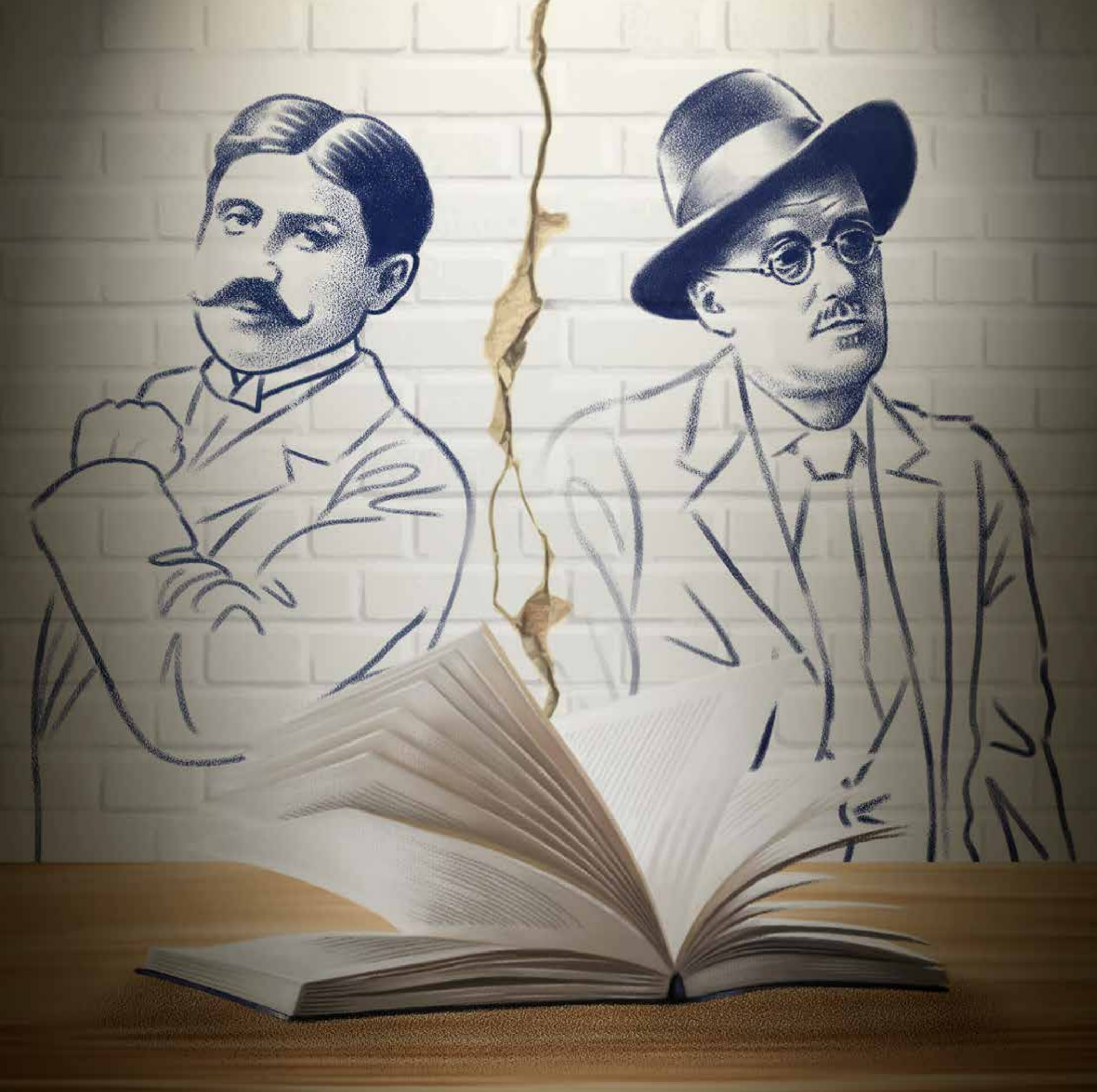
Cuando Bolívar sueña con su patria, no solo sueña con su Venezuela natal; sueña con la patria americana y con la puesta en marcha de sistemas políticos en donde a los valores morales y de conducta asigna una especial importancia.

por las costumbres que había impuesto España y la carencia de orden con que ellas crecieron. En la Constitución Vitalicia, que fue desde un primer momento mal entendida y rechazada por muchos, como Santander, al imaginar que los privilegios que se habían arrogado, les serían arrebatados por la misma mano de Simón Bolívar. Fueron esa mezquindad y los deseos personalísimos los que evitaron que la libertad lograda en el campo de batalla y sellada en Ayacucho pudiera consolidarse con un sistema político transitorio mientras maduraban las formas internas.

Hay un aspecto en el que el Libertador va a mantener una visión constante. Es respecto a la unidad de las naciones de América, para hacer sostenible la lucha contra España, para convertir a estas tierras en una gran potencia, capaz de equipararse con cualquiera otra y poder establecer acá, con sustento y riqueza, sus ideales de libertad que implicaba más que el éxito militar, una vida en equidad, justicia e igualdad para todos, incluyendo los esclavos y los pueblos originarios de estas tierras. Un sistema que permitiera a los ciudadanos ser virtuosos, instruidos y educados.

Cuando Bolívar sueña con su patria, no solo sueña con su Venezuela natal; sueña con la patria americana y con la puesta en marcha de sistemas políticos en donde a los valores morales y de conducta asigna una especial importancia.

Es por ello que al leer en el Discurso de Angostura frases como “Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar, bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad”, comprendemos cuán lejos está ese preclaro pensamiento del uso que el chavismo ha querido darle. La propuesta venezolana de hoy agrede y mutila el pensamiento contundente y precoz de Bolívar, quien, sin duda, no se vería para nada representado en el remedo de sus palabras y en el deterioro de su pueblo.



Arte y choque de sistemas culturales

Por: Juan J. Biondi Shaw

París. 1922. Hotel Majestic. Cena de Sydney y Violet Schiff, ricos ingleses protectores de las artes y admiradores de Marcel Proust.

Pretexto: celebrar el estreno de la ópera ballet Renard, con música de Stravinsky.

Motivación real: reunir a los que para los Schiff eran los mayores artistas vivos de su tiempo.

Invitados: 40 o 50 personas vinculadas al ballet. Entre ellos Diaghilev, que fue productor y empresario de los ballets rusos y que sin ser músico, bailarín ni coreógrafo revolucionó el ballet; Stravinsky, varios años después de La Consagración de la Primavera, estrenada en 1913 y que marcó un cambio fundamental en la música clásica; y por supuesto, los consagrados Picasso, Proust, Joyce.

Precisamente en la mesa de honor, además de los anfitriones, se encontraban Stravinsky, Picasso, Proust, Joyce y Diaghilev.

Según testimonios la cena fue un desastre. Joyce llegó tarde y totalmente ebrio. Proust se presentó más tarde, a las 2:30 a.m, y trató de elogiar a Stravinsky comparándolo con Beethoven a lo que el músico respondió que detestaba a Beethoven. Picasso se negó a pintar un retrato de Proust. La conversación entre Proust y Joyce fue más que áspera según varias versiones), y en ella cada uno admitió no haber leído el trabajo del otro.

Finalizada la cena, Proust invitó a los Schiff a seguir conversando en su casa. Parece ser que no tenía la menor intención de que Joyce fuera, pero Joyce se subió al taxi donde iban Proust y sus invitados (encima, en el taxi hubo un problema, pues Joyce quiso fumar y Proust era asmático). Llegados a la casa de Proust, este le dijo al conductor que llevara al señor Joyce a su casa.

Esta anécdota, que parece ser frívola y superficial simbólicamente significa el encuentro de algunos de los artistas más importantes del siglo XX. Pero además del encuentro entre estos artistas, la cena simboliza el fin de una época y el inicio de otra en el arte.

Europa había cambiado. Solo tres años antes había terminado la Primera Guerra Mundial. Los Habsburgo ya no reinaban en Austria, los Hohenzollern ya no reinaban en Prusia y los Romanov ya no dirigían Rusia. Esas tres monarquías ya no lo eran. Y Europa era entonces otra.

Pero el arte comenzaba también a ser otro. Diaghilev había revolucionado el ballet, Stravinsky la música, Picasso la pintura, Joyce había subvertido la literatura con su Ulises.

Marcel Proust, en cambio, mantenía en el lenguaje de su novela los cánones tradicionales y, a pesar de sus exquisitas y grandes innovaciones, no manifestaba ese espíritu abierto de cambio y revolución.

Y aquí queremos centrarnos. En la comparación a la vista de textos de Joyce y Proust.

Proust y la subordinación

En mi opinión, además del uso del lenguaje, toda la novela *En busca del tiempo perdido* es una subordinación que se completa cuando en el último tomo (*El tiempo recobrado*) aparece Mademoiselle de Saint Loup, que es el elemento al cual está

“

toda la novela *En busca del tiempo perdido* es una subordinación que se completa cuando en el último tomo (*El tiempo recobrado*) aparece Mademoiselle de Saint Loup

subordinada la novela: ella da título al primer tomo –Por el camino de Swann (por su madre)–; también al tomo *El mundo de Guermantes* (por su padre); y obvio, Sodoma y Gomorra, relatos recordando a su padre y a su tío abuelo. Mademoiselle de Saint Loup es, pues, el elemento subordinante de toda la obra, solo que aparece al final y no al inicio del todo de la obra.

Proust mantiene en la obra la subordinación propia del mundo de la escribaldad, y no lo quiebra. A diferencia de Madame Verdurin que llega a ser Princesa de Guermantes desde un origen plebeyo. Todo un mundo comenzaba a dejar de ser.

Todo esto es manifiesto en su estilo lingüístico proustiano. Pleno de estructuras sintácticas subordinadas además.

“En cuanto a las mujeres que yo había conocido, este paisaje era por lo menos doble. Cada una se alzaba, en un punto diferente de mi vida, enhiesta como una divinidad protectora local, primero en medio de esos paisajes soñados cuya yuxtaposición cuadrículaba mi vida y donde yo me había puesto a imaginarla; después, vista desde el lado del recuerdo, rodeada de parajes donde la había conocido y que me recordaba, unida a ellos, pues si nuestra vida es vagabunda, nuestra memoria es sedentaria y por más que nos lancemos sin tregua, nuestros recuerdos, pegados a los lugares de donde nosotros nos separamos, siguen combinando en ellos su vida cotidiana, como esos amigos momentáneos que el viajero se había hecho en una ciudad y que tiene que abandonar cuando la deja, porque ellos, que no se van, acabarán allí su jornada y su vida como si él estuviera allí todavía, al pie de la iglesia, ante el puerto y bajo los árboles del paseo.”

(Marcel Proust, *El tiempo recobrado*)

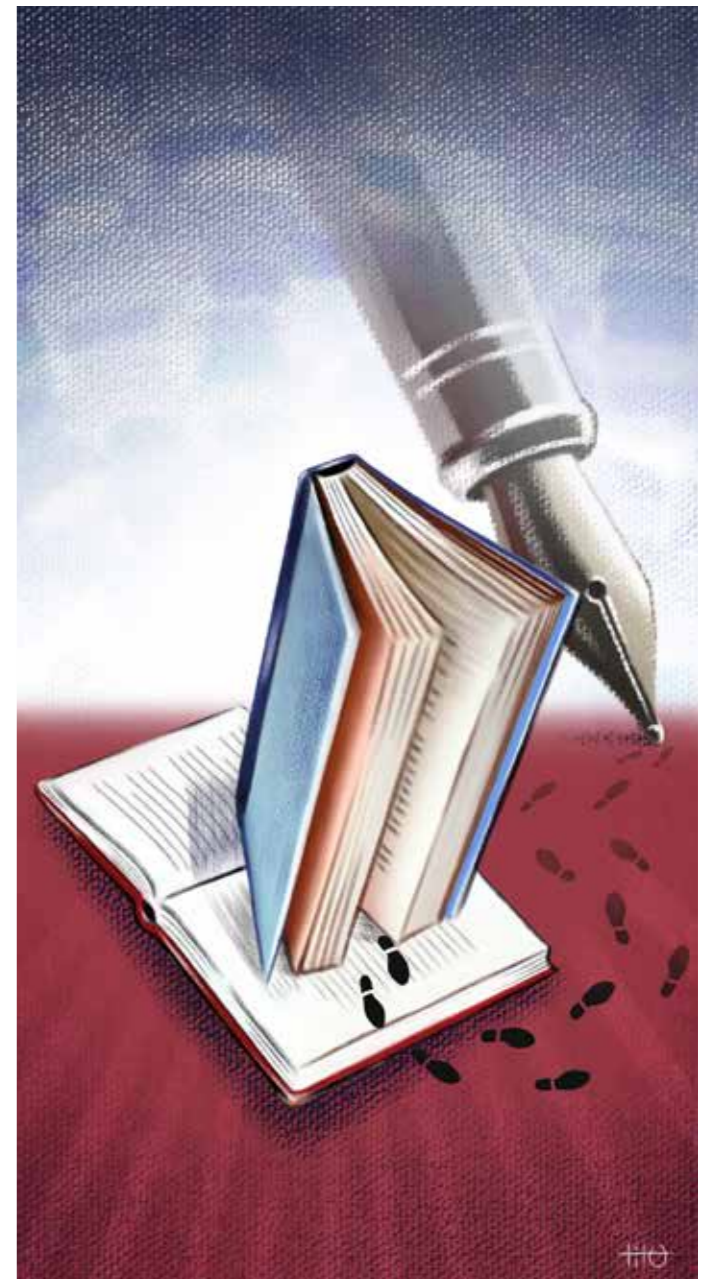
En este monólogo asistimos a uno de los aspectos más sorprendentes y ricos de la literatura y a la traza de una ulterioridad poéticamente valiosa: más de 40 páginas sin un solo signo de puntuación.

Joyce y la yuxtaposición

Esto es muy diferente en *Ulises* de Joyce. Toda la novela yuxtapone elementos y situaciones, que llegan a su máxima expresión en el (término joyceano utilizado en vez de capítulo) número 18, el monólogo de Molly Bloom. En este monólogo asistimos a uno de los aspectos más sorprendentes y ricos de la literatura y a la traza de una ulterioridad poéticamente valiosa: más de 40 páginas sin un solo signo de puntuación, excepto el punto final que es el del monólogo y también el de la obra. ¡Cuánto debe a este autor la literatura posterior! Un nuevo mundo se había abierto.

Solo un ejemplo de joyceana yuxtaposición.

“Sí porque él no había hecho nunca una cosa así antes como pedir que le lleven el desayuno a la cama con un par de huevos desde los tiempos del hotel City Arms cuando se hacía el malo y se metía en la cama con voz de enfermo haciendo su santísima para hacerse el interesante ante la vieja regañona de Mrs Riordan que él creía que la tenía encochada y no nos dejó ni un céntimo todo para misas para ella solita y su alma ta-caña tan grande no la hubo jamás de hecho le espantaba tener que gastarse 4 peniques en su alcohol metílico contándome todos sus achaques mucha labia que tenía para la política y los terremotos y la fin del mundo tengamos antes un poco de diversión que Dios nos ampare si todas las mujeres fueran de su calaña le disgustaban los hañadores y los escotes por supuesto nadie quería verla con ellos supongo que era piadosa porque no había hombre que se fijara en ella dos veces espero que nunca me parezca a ella milagro que no nos pidiera que nos cubriéramos la cara pero era una mujer muy educada desde luego y su cháchara sobre Mr Riordan para aquí y Mr Riordan para allá supongo que se alegraría de deshacerse de ella y su perro olisqueándome las pieles y siempre mañoseando para meterse debajo de las enaguas sobre todo aun así me gusta eso de él tan atento con las viejas ya ves y con los camareros y mendigos también no

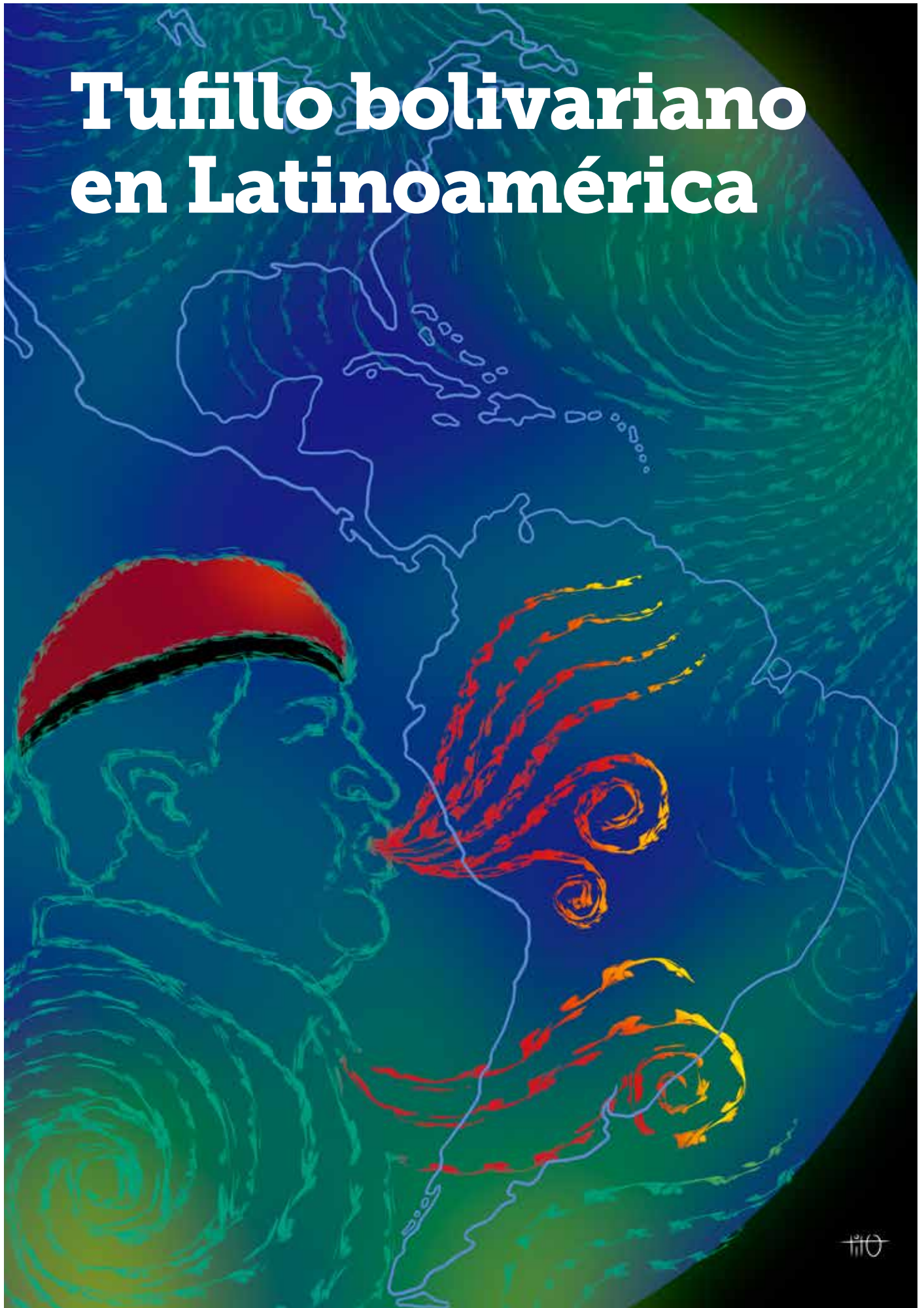


es orgulloso por nada pero no siempre si es que alguna vez tuviera algo serio es mucho mejor que los lleven a un hospital donde todo está limpio pero supongo que tendría que repetírselo durante un mes ...”

(James Joyce, *Ulises*)

Cuidado con creer que estamos dando juicios de valor literario. Simplemente estamos subrayando cotidianidades que a menudo –y sin proponérselo– expresan y anuncian el cambio de los sistemas culturales. Cambio que hoy constatamos en todos los órdenes de la vida social.

Tufillo bolivariano en Latinoamérica



110